

Clases medias y movimiento estudiantil. El Reformismo Argentino: 1918-1966

JORGE GRACIARENA *

Un número considerable de teorías han sido formuladas, especialmente fuera de América Latina, para explicar la conducta política de los estudiantes y su tendencia a convertirse en movimientos de protesta radical. En general, un rasgo constante de muchas de estas teorías es su aspiración a construir explicaciones tan universales como sea posible, *de manera que puedan englobar lo esencial de todos los movimientos estudiantiles que se han producido en el contexto de diferentes sociedades y momentos históricos*. Colocado el problema a este nivel, el núcleo de la explicación tiende a concentrarse en alguna variante, diversamente verbalizada, del conflicto generacional. Aunque sus puntos de partida sean relativamente diversos, las explicaciones tienden a moverse en una dirección convergente, que pasa a través de problemas tales como el *roleseeking* y el reemplazo generacional; los desajustes en la socialización anticipatoria, profesional y política que se produce en la universidad; la transicionalidad juvenil de la protesta estudiantil; las tensiones en la integración plena al mundo adulto; la universalidad de los grupos juveniles y de la cultura juvenil, que es muchas veces vista como una contra-cultura desviada y en oposición a la cultura adulta; etcétera.

Acaso una de las tentativas más ambiciosas de explicar “la conducta política especial de los estudiantes, su gran propensión a participar en movimientos de protesta radical” sea la ofrecida inicialmente por Seymour Martin Lipset.¹ Para él su conducta política es “un emergente de los elementos específicos a la situación y ambiente de la

*El autor es experto de la Unesco en el Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales de Río de Janeiro; sin embargo, el contenido de este trabajo es de su entera responsabilidad personal.

Este trabajo es una versión corregida del que fue presentado al seminario sobre Estudiantes Universitarios y Política, que tuvo lugar en Viña del Mar (Chile) en mayo de 1970

vida universitaria, que predispone a los estudiantes para una conducta desviada. Los estudiantes universitarios se encuentran a una edad definida como biológicamente adulta; muchos no estudiantes de la misma edad han ingresado ya a las actividades adultas: casándose, ganando dinero y gastándolo como desean. Los estudiantes se encuentran a menudo en la edad en que pueden votar y casarse, y muchos hacen ambas cosas. Sin embargo, muy pocos estudiantes ganan lo necesario para vivir y muchos quedan financieramente dependientes de sus padres; la sociedad global los trata todavía, y de muchas maneras, como adolescentes sin responsabilidades, permitiendo y aun aprobando sus comportamientos antisociales. Ellos pueden llegar a violar la ley de varias maneras sin ser castigados. . En muchos países, particularmente en América Latina, la policía está impedida por ley de entrar a los recintos universitarios; los 'campuses' son así santuarios privilegiados a los que los estudiantes pueden cobijarse luego de realizar ataques contra las instituciones de la sociedad circundante".²

Aunque Lipset llega a indicar cerca de una docena de variables más, que propone para explicar "la conducta política especial de los estudiantes", la mayoría de ellas tiene que ver bastante de cerca con "la necesidad de las nuevas generaciones de diferenciarse de las anteriores y más efectivamente de sus padres". De manera que los conflictos con la "generación parental" son propuestos como factores que están presentes en todas las situaciones tensionales que son productoras de "la disponibilidad de los jóvenes para la 'desviación' organizada". Así "la marginalidad social de los jóvenes", "su grado de incertidumbre acerca del futuro", la "dislocación social" que experimentan al segregarse de sus familias para ir a vivir a las ciudades o residencias universitarias, tienen en común el ser categorías analíticas más específicas que, no obstante, contienen diversos segmentos del problema general del conflicto generacional.³

En el trabajo de Lipset hay también otras variables que poco o nada tienen que ver con el conflicto generacional. Es importante enumerarlas porque constituyen uno de los inventarios analíticos más completos que han sido propuestos para explicar el problema de los movimientos estudiantiles en sus términos más generales. En primer lugar, "la estructura ecológica de las universidades que facilita la acción colectiva. . . al colocar mucha gente con una situación vital similar, en una proximidad estrecha, que les proporciona un sentido de solidaridad y una cantidad considerable de poder real".

Segundo, "la extensión del interés político de los estudiantes en los diferentes países es función del grado de tensión en la política general. En sociedades que poseen un orden democrático estable, como en los Estados Unidos y muchos países de la Europa Occidental,

los estudiantes pueden representar una proporción exagerada de izquierdismo, pero en general muestran mucho menos interés por la política y dan menos apoyo a los grupos extremistas que los estudiantes de aquellos países que tienen regímenes políticos inestables". Se ha afirmado que la mayor significación de la política estudiantil radical en América Latina refleja las características de las estructuras políticas nacionales. En condiciones de "tensión política, donde las élites y contra-élites adultas existentes están mal organizadas y son inefectivas, es probable que las organizaciones políticas estudiantiles sean importantes". Esta proposición es de mucha importancia y será analizada más adelante.

Tercero, siguen varias proposiciones bastante relacionadas con la vida universitaria.

Cuanto mayores sean las presiones puestas sobre los estudiantes que los obligan a un trabajo académico duro para conservar sus posiciones en la universidad, menor será su participación en cualquier clase de política. Cuanto mayor sea el número de años que el estudiante pase en la universidad, mayor será la probabilidad de una actividad estudiantil significativa. La calidad de las relaciones entre los estudiantes y sus profesores. . . afecta el grado en que los estudiantes se sienten comprometidos (o alienados) con la cultura académica. La participación en política puede ser vista como una alternativa a otras formas de actividades estudiantiles extra-curriculares. Las universidades, en muchas partes del mundo subdesarrollado, en América Latina, en el Cercano Oriente, en partes de Asia, casi no tienen otra actividad extra-curricular organizada distinta de la política.

Luego comenta que en los Estados "los deportes organizados fueron expresamente introducidos en las universidades para desviar las energías estudiantiles" de la política y que "esfuerzos no exitosos" han sido intentados con el mismo objeto de reducir la actividad política estudiantil en universidades del mundo árabe y Japón.

Finalmente, Lipset retorna a una explicación generacional clásica, que considera "básica para cualquier comprensión" de la actividad política de una comunidad universitaria y que se encuentra en

el hecho de que los que encuentra envueltos en actividades intelectuales creativas, sea dentro o fuera de la vida académica, están involucrados en una empresa que requiere de ellos la crítica, revisión y sustitución de la tradición. . . La originalidad, el apartamiento de lo que se encuentra establecido y oficialmente aceptado, constituye un valor central en la perspectiva del intelectual moderno. Las universidades por su énfasis en la disciplina científica y su negación de los ídolos del mercado, han nutrido una actitud crítica. . . Y es en las actitudes contrarias a la tradición y al *establishment* del intelectual moderno que se encuentra un punto de partida y una ayuda para legitimar la política estudiantil, que se encuentra generalmente a la izquierda de la política nacional en muchos de los recintos universitarios del mundo.

La "Berkeley Student Revolt" de 1964 inspiró a Lipset estas reflexiones. Su tendencia fue a considerar este episodio como una expresión aislada e irrelevante, que por eso se podría considerar como un fenómeno de salud en la que algunos consideran la "mejor universidad pública del mundo". En este sentido, parece bastante posible que su comentario final sea tanto una advertencia admonitoria como una evaluación de lo que aconteció en la Universidad de California.

Una alta incidencia de la actividad política estudiantil es en alguna medida una indicación del fracaso de una universidad en tanto comunidad académica, desde que en muchos casos esta actividad involucra el rechazo del liderazgo intelectual de los profesores y la denigración de la actividad académica colocándola en un status más bajo que el de la política dentro de la universidad.

En los años siguientes a 1964, los "duros hechos" de la realidad con la extensión y reanudación de los movimientos políticos estudiantiles, que han gravitado dentro y fuera de las universidades públicas y privadas, han demostrado que ya no son un patrimonio exclusivo de las universidades de los países subdesarrollados, a los que desde las más altas cumbres de la cultura mundial se veía con curiosidad no exenta de irritación o benevolencia, según fueran las circunstancias. Es ya difícil explicar la universalización de estos episodios por "la calidad de la vida académica", "la atmósfera de completa libertad universitaria" o la existencia de adecuados recursos docentes y de investigación. No hay ahora recintos inmunes a la politización estudiantil, ésta es perfectamente posible, más que eso, es una realidad tangible "aun" en los centros universitarios donde la vida académica es aparentemente más satisfactoria y gratificante.

Un inventario analítico como el de Lipset tiene la característica de ser una presentación altamente simplificada y esquemática de la naturaleza de los movimientos estudiantiles.⁴ Al nivel en que está planteado ofrece ciertas posibilidades explicativas, que bien examinadas resultan más limitadas que lo que parecen a primera vista. Porque cuando se coloca el problema de la politización estudiantil a niveles más concretos y se trata de comprender el sentido específico de un movimiento estudiantil determinado, dentro de su *contexto histórico*, su insuficiencia se hace evidente ya que el problema se modifica y plantea exigencias difíciles de satisfacer con un esquema universalista. Lipset sugiere la posible universalidad real o potencial de los movimientos políticos estudiantiles que estarían determinados por las condiciones de la vida universitaria y las tensiones generacionales que los separan de la sociedad adulta. Esto es cierto, parece difícil negarlo. Todo lo que se sabe al respecto parece confirmar la acción de estos factores generales. *Sin embargo, estas proposiciones no constitu-*

yen más que un punto de partida que debe ser ampliado con dimensiones analíticas de nivel más histórico. Este será el objetivo de nuestro trabajo. Trataremos de superar las limitaciones existentes en la consideración habitual de los movimientos estudiantiles como fenómenos aislados y *deviant cases* de la política cotidiana. Lo que vamos a sugerir es que las actividades de los movimientos estudiantiles tienen relaciones muy estrechas con el estado general de la sociedad y la calidad y orientaciones de su vida política. Son, en gran parte, una expresión de ella y lo que hacen y significan deriva de procesos más usuales, de los que generalmente los movimientos estudiantiles han sido un indicador muy sensible.

En efecto, caben ahora varias preguntas: ¿por qué los movimientos estudiantiles pese a su continuidad no presentan ni intensidad ni orientaciones constantes? ¿Qué hace que en el movimiento estudiantil de una misma universidad se presenten en diversos periodos históricos diferencias sustanciales de objetivos y medios de acción? ¿Cuáles son las relaciones entre un movimiento estudiantil y un régimen político? (gobierno, partidos, etcétera) ¿De qué manera reaccionan ante la persecución política general y cuál es en ese caso su función en la universidad? ¿Qué relación tienen con las coaliciones de clases y grupos sociales que forman la base de la dominación y de la oposición existente? ¿Qué efectos produce sobre él el cambio en las funciones políticas de la universidad respecto de la sociedad? ¿Cuál es el impacto de la modificación de la composición social de la población estudiantil? ¿Qué hace que unas veces sean realistas y otras utopistas en la definición de sus objetivos y en la selección de sus medios? En pocas palabras, ¿cómo se integra un movimiento estudiantil dentro del orden social existente y cuál es la función política que cumple en cada situación histórica concreta?

Estas cuestiones y otras no menos importantes que podrían agregarse, señalan la necesidad imprescindible de un planteamiento del problema, de un cambio de nivel de análisis, así como de un desplazamiento de la perspectiva. Porque ya no es posible seguir considerando los movimientos estudiantiles como episodios de ocurrencia ocasional, que deben ser explicados por factores históricos fortuitos. En América Latina más que en otras regiones, ellos son una constante de la vida política y universitaria de los últimos 50 años. Algunas instituciones estudiantiles han llegado a tener una existencia y continuidad mayor que la de muchos partidos políticos. Entonces, el problema ahora más relevante es averiguar por qué se han vuelto una presencia política cotidiana y establecer bajo qué circunstancias adquieren fuerza o la pierden, bajo qué condiciones tienen éxito o no. Cualquiera que haya seguido de cerca la vida universitaria latinoamericana

na, difícilmente podrá aceptar la idea de que son un “caso desviado” de la política nacional. Todo el mundo, el gobierno y la oposición, especula con las acciones del movimiento estudiantil al tiempo de que trata de manipularlo. Tampoco a nadie se le ocurre que puedan cesar en algún momento inmediato: constituyen una fuerza tan real como cualquier otra expresión política. Lo que varía es lo que representan y significan, y eso es lo que hay que tratar de entender postergando la ya irrelevante discusión sobre sus orígenes. Esta es una actitud más científica y realista, cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre su utilidad universitaria o política, que su confinamiento en el cajón de sastre de las patologías sociales.

II. ESQUEMA ANALITICO

En este trabajo vamos a sugerir un esquema para la interpretación del rol jugado por el movimiento reformista argentino en varios periodos, desde la Reforma Universitaria de 1918 hasta la intervención de las universidades públicas en 1966. El propósito es más bien analítico que histórico, ya que se trata principalmente de montar un tipo de explicación apto para dar cuenta de las variaciones experimentadas en la situación del movimiento estudiantil en cada uno de los periodos que han parecido más significativos, en sus relaciones con la vida política, económica y social del país.

La idea general que subyace al esquema analítico que será sugerido es de que un movimiento estudiantil está lejos de ser un complejo autónomo que se maneja con su propia dinámica y que define con entera libertad sus medios y objetivos políticos. En general, un movimiento estudiantil cualquiera es la expresión de un amplio conjunto de fuerzas sociales que en él alcanzan una manifestación peculiar. En este sentido amplio puede ser visto como un reflejo de los estados de necesidad y de conflicto existentes entre los propios estudiantes y en sectores más amplios de la sociedad global, que los militantes estudiantiles asumen e interpretan a su manera. Efectivamente, uno de los rasgos esenciales de los movimientos estudiantiles es su sensibilidad para anticipar y expresar estos estados de necesidad más amplios, aunque no siempre lo hagan con acierto. Su frecuente actitud de denuncia y desafío deriva de esta convicción con que asumen su rol de reivindicación que los convierte en voceros de intereses más generales, que a veces son los propios intereses nacionales. Tampoco son ajenos a ellos sus propios intereses como estudiantes y futuros profesionales, a los que acaso más que a ningún otro han prestado una atención tan realista y eficaz.

Estos muy diversos intereses constituyen *constelaciones* muy complejas que se organizan y ordenan de acuerdo a la variable gravitación

de las fuerzas y factores, que en un momento dado se encuentran en operación dentro y fuera de la universidad, dentro y fuera del país. Hechos tales como la calidad de la vida académica y la modernización universitaria, las posibilidades de ingreso a las profesiones, el estado del proceso de desarrollo nacional, el régimen político y la calidad y posibilidades de acción de la oposición, los medios de articulación y expresión política, las coaliciones de fuerzas sociales, y otros semejantes como la Revolución Cubana o la guerra de Vietnam, pueden actuar en cada momento como *principios ordenadores* del universo de intereses e ideas que representa un movimiento estudiantil en un momento determinado. Estas *focalizaciones* no son de ninguna manera arbitrarias. Se corresponden muy bien con las fuerzas más generales que operan en la sociedad global como *límites estructurales* que definen en cada momento cuáles son los márgenes de variación autónoma, las orientaciones posibles de acción y hasta la calidad de los medios y de la estrategia de un movimiento estudiantil. No obstante la existencia de estas limitaciones estructurales, la autonomía y flexibilidad de la actuación política de un movimiento estudiantil es muy grande, tanto que con facilidad pueden descolocarse respecto de la interpretación y evaluación de los condicionamientos que les presenta la realidad universitaria y social. Hay circunstancias que en unos casos les facilitan y en otros les impiden un buen acercamiento a la realidad. Los movimientos estudiantiles unas veces son efectivos y concretos y otros, en cambio, se enredan con utopías de difícil realización inmediata. Sin embargo, en el largo plazo y por encima de los vaivenes ocasionales de la lucha circunstancial, han expresado con nitidez las fuerzas sociales profundas que han estado representando.

Cabe ahora señalar somera y esquemáticamente cuáles son las dimensiones analíticas que parecen más relevantes para el estudio del problema tal como ha sido planteado precedentemente. (Debe tenerse presente que este esquema, aunque pueda ser de aplicación más general, ha sido pensado teniendo en cuenta las experiencias y la práctica del movimiento reformista argentino.) Estas dimensiones analíticas corresponden a tres áreas empíricas: el movimiento estudiantil propiamente dicho, la universidad y la sociedad en general.

A. Comencemos entonces con el *movimiento estudiantil*. Este puede presentar variaciones en muchos aspectos: de organización, composición social, etcétera. Los que siguen son los aspectos que han parecido más significativos:

1. La *extensión* de un movimiento estudiantil resulta de la amplitud de su reclutamiento, de la importancia absoluta y relativa de su masa de seguidores, así como de su grado de participación en las acciones que emprende; de manera que la proporción de los estudiantes

que participa y no participa y su condición social, son datos fundamentales para estimar el significado y la penetración de un movimiento estudiantil en la masa universitaria.

2. La *intensidad* de la actividad de un movimiento estudiantil deriva de la frecuencia y calidad de las acciones que desarrolla frente a las autoridades universitarias y la política nacional; obviamente, puede ser más activo o pasivo y la intensidad puede variar de acuerdo con el ámbito de la actividad. Este rubro incluye necesariamente el estilo de la acción y estrategia estudiantil y los componentes de violencia que ella puede implicar.

3. La *orientación* de la acción estudiantil, en cuanto a la definición de sus objetivos, puede ser intra-universitaria (política o gremial) o extra-universitaria; frecuentemente, es una combinación en grados diversos y fluctuantes de distintos tipos de finalidades más o menos políticas aunque alguna de ellas tiende a predominar sobre las otras. Y esto es lo esencial que es imprescindible establecer: ¿qué tipo de orientación predomina en cada momento concreto y por qué?

4. La *radicalización* se refiere principalmente al plano ideológico e implica la forma como se define frente al orden político vigente. La aceptación o rechazo del orden social vigente y el lugar que esta definición ocupa en la jerarquía ideológica es un elemento aglutinante de gran significación respecto de la selección de alternativas de acción. También aquí se puede hacer una diferenciación entre radicalización interna (no aceptación del orden universitario) y externa (*ídem* del orden nacional o internacional). Esta distinción no deja de tener su importancia porque la localización de los objetivos centrales dentro o fuera de la universidad tienen además la consecuencia de que redefinen, en gran parte, todos los otros objetivos que quedan así subordinados. Por supuesto, la radicalización no tiene que ser coincidente en todos los planos de acción. Un movimiento estudiantil puede ser moderado en la política nacional y radical en la universidad, como lo fue el movimiento reformista argentino en 1918.

5. El *tipo de organización y liderazgo* no deja de tener su importancia. Se refiere tanto al grado de institucionalización formal y de estructuración real de un movimiento estudiantil como al tipo de líderes y a la calidad de su dirección; ambos aspectos varían fuertemente de acuerdo con los objetivos y tipos de acción. También tiene aquí una importancia considerable la *tradicón de lucha* que ha fijado un movimiento estudiantil en el seno de una universidad. Estas tradiciones suelen ser muy fuertes especialmente en lo que se refiere a la captación de nuevos seguidores, cuando logran fijar de una manera estable una imagen romántica atractiva para los nuevos estudiantes. Estas tradiciones que tienden a cristalizarse en las instituciones estu-

diantiles (centros, federaciones, confederaciones), pueden tener, aunque sea de una manera latente, efectos conservadores: la continuidad de la institución y su mantenimiento pueden así volverse un valor dominante. En todo caso, pueden introducir cierta rigidez en las posibilidades de adaptación y cambio rápido de un movimiento estudiantil y reducir considerablemente las posibilidades de radicalización.

6. *Coaliciones internas y externas.* Un movimiento estudiantil no sólo es él mismo un coronamiento de un complejo conjunto de relaciones y alianzas entre grupos, sino que externamente puede formar parte de diferentes tipos de relacionamiento con los movimientos sociales y políticos más generales. ¿Cuáles son las principales coaliciones existentes en un momento dado y cuál es la posición y el rol del movimiento estudiantil en relación con ellas? ¿En qué medida está aislado o forma parte de aglutinamientos de fuerzas sociales más generales? Estos aspectos tienen una influencia decisiva sobre la calidad y alcance de la actividad estudiantil. Son ellos los que dan gran parte de su fuerza y significación política general a los movimientos estudiantiles. El hecho de que un movimiento estudiantil pueda entrar o no a formar parte de las coaliciones existentes dependerá fundamentalmente de sus decisiones; pero lo que él sea finalmente como movimiento *político* estudiantil será la resultante de la naturaleza de las coaliciones más amplias de que forma parte o le sirvan de orientación. El estado de la coyuntura política general no es ajeno a estas posibilidades de incorporación: los objetivos del gobierno y de la oposición, la naturaleza del proyecto de desarrollo que se ponga en práctica, el estilo y alcance de la represión, entre otros, serán los factores que definirán las posibilidades de que un movimiento estudiantil ingrese a alguna de las coaliciones existentes.

Estos son los elementos analíticos que nos parecen sustanciales para el estudio de un movimiento estudiantil en sus aspectos más específicos. Por lo menos son los que se supone más adecuados para la interpretación del sentido de los cambios en el movimiento estudiantil argentino. Aunque algunas de sus limitaciones estructurales están implícitas en su seno, los condicionamientos más generales de un movimiento estudiantil derivan de sus ambientes externos, que constituyen el marco más general de definición de sus intereses y orientaciones, y de sus posibilidades de acción.

B. En la universidad se puede distinguir una serie de dimensiones analíticas particularmente importantes que constituyen el primer marco de influencias que gravita sobre un movimiento estudiantil y que producen variaciones en su desarrollo.

1. El *reclutamiento universitario* es de gran significación en cuanto la clase social, el nivel educacional familiar y el sector ecológico de

origen de los estudiantes universitarios, ya que éstos son fuente de intereses de distinto contenido que motivan acciones dirigidas hacia objetivos que varían en función de ellos. La manera como los estudiantes se distribuyen en las carreras de acuerdo con su origen y el significado social que éstas tienen, son datos de una importancia considerable. También posee un gran interés la proporción del reclutamiento de nuevos estudiantes, y la masificación de la universidad, en su magnitud y organización.

2. *La modernización de la universidad* concebida en general como “actualización universitaria”. La organización de los estudios, el tipo de carreras, la educación de éstas con las profesiones, la actividad de investigación científica y técnica que se realiza y, entre otros, el sentido general que se le imprime a la transformación universitaria y las consecuencias que produce, constituyen factores de importancia para la configuración de los intereses más concretos e inmediatos de un movimiento estudiantil. Este contexto general determina en gran parte lo que serán las relaciones entre profesores y estudiantes, el grado de antagonismo que habrá entre ellos y el desplazamiento del conflicto generacional hacia la relación pedagógica, la atribución a ésta del carácter de una relación de clases.⁵ También es de una gran importancia el hecho de que la universidad misma se convierta en un importante mercado de trabajo para los estudiantes que ingresan como ayudantes docentes o de investigación, lo que en este aspecto la convierte en el equivalente de una empresa cuyo efecto puede ser el de poner una base objetiva a la imagen clasista señalada antes.

3. *El co-gobierno universitario*. La existencia de canales formales de participación aceptados por los estudiantes, el grado de consustanciación con la política universitaria, tienden a institucionalizar la participación y co-gestión de un movimiento estudiantil, evitando frecuentemente el carácter disruptivo e inorgánico que de otra manera pueden tener sus intervenciones. El co-gobierno supone un cierto grado de incorporación al *establishment* universitario y, por lo tanto, la posibilidad de algún monto de corrupción entre los líderes estudiantiles, que pueden ser así co-optados para ingresar a puestos universitarios y políticos.

4. *La relación entre las carreras y los mercados profesionales correspondientes*, esto es, la probabilidad de un ingreso estable y bien remunerado a las profesiones y la función de mediadora eficaz que la universidad puede cumplir al respecto; la permeabilidad del mercado profesional para el acceso a las posiciones altas; la segmentación y estratificación de las universidades en función de la diferenciación de la demanda profesional, el estancamiento o desarrollo de la economía, en fin, todo lo que afecta de cerca y profundamente la posibili-

dad de contar con una salida profesional aceptable para las expectativas, es una fuente importante de definición y articulación de intereses estudiantiles. La masificación de la universidad y la consiguiente depreciación de la educación superior tienen especial significación en este contexto.⁶

5. *Las funciones de la universidad en el sistema nacional de dominación.* ¿En qué medida es la universidad una institución mediadora para el acceso a las posiciones políticas? ¿La universidad se orienta por el oficialismo o la oposición? ¿Cuál es su influencia en la formación de políticas nacionales? ¿Qué funciones políticas cumplen sus miembros más prominentes? ¿Son los cargos universitarios posiciones de prestigio necesarias para las carreras políticas? Estas son, entre otras, algunas de las cuestiones fundamentales para el análisis de la política estudiantil. Teniendo en cuenta los ingredientes radicales habituales en los movimientos estudiantiles, el que la universidad forme parte de la coalición dominante, sea neutra o se encuentre en la oposición, podrá tener importancia en las posibilidades de contar con un movimiento estudiantil conciliador o beligerante, cuyo rol político interno variará así considerablemente.

C. *A nivel de la sociedad nacional y de sus relaciones internacionales,* que es el segundo marco de influencias sobre la actuación estudiantil. Los aspectos que parecen tener una influencia más considerable son los siguientes, por orden de generalidad:

1. *El tipo de régimen político,* esto es, civil o militar, constitucional o dictatorial, democrático o autoritario, la existencia de un sistema de partidos, su grado de representatividad, las formas de sucesión y reemplazo político, los grados de libertad política, etcétera.

2. *La calidad de la oposición política.* El tipo de oposición: legal o subversiva, las coaliciones políticas de oposición, su naturaleza, inclusividad y orientaciones, la intensidad y sentido de las presiones políticas opositoras, el grado y localización de la represión política, son factores que en gran parte harán posible la incorporación del movimiento estudiantil a las coaliciones de oposición, o lo mantendrán aislado impulsándolo hacia alguna forma de utopismo ideológico o de oposición subversiva.

3. *La política nacional de desarrollo.* Sus objetivos, orientaciones, el tipo de desarrollo que se persigue y el éxito que se logra, sus consecuencias en materia de salarios, nivel de vida, etcétera, es una fuente generadora de tensiones y conflictos de gran incidencia sobre la acción de un movimiento estudiantil. La capacidad aglutinadora de un proyecto nacional de desarrollo puede ser considerable, tanto en su apoyo como en oposición a él.

4. *La situación de dependencia externa:* su grado de visibilidad po-

lítica e importancia objetiva, la actitud del gobierno frente a la dependencia, el significado que ésta tiene para los diversos grupos políticos, la forma como se manifiesta en la universidad y en sus proyectos de modernización, éstos y otros semejantes son aspectos que han adquirido en la última década una gran influencia determinante de los objetivos manifiestos de la actuación estudiantil. La percepción conflictiva de este problema lo ha convertido en un “principio ordenador” que aglutina muchos otros intereses que pasan así a ser subordinados a las necesidades de acción contra la dependencia externa.

III. CLASES MEDIAS Y POLITICA ESTUDIANTIL

El inventario precedente no debe ser considerado otra cosa que una primera aproximación al problema de identificar y delimitar, primero, los principales factores que son relevantes para el análisis de un movimiento estudiantil y, luego, de las fuentes de tensión y conflicto que inciden sobre la política estudiantil. Por cierto que no se ha tratado de localizar y especificar todos los conflictos sociales y políticos que inciden directa o indirectamente sobre la acción estudiantil, porque no todos interesan; se trata de identificar sólo los que son básicos. En el caso particular del movimiento reformista argentino, *los conflictos básicos que más influyeron sobre él fueron los que afectaron a las clases medias o fueron generados por ellas*. Sea de una manera negativa o positiva, estos conflictos han sido la principal referencia para la acción estudiantil. En efecto, las clases medias cumplieron esta función de orientación de una manera acaso consciente a partir del momento en que su relación con el movimiento estudiantil fue instrumentalmente necesaria para la promoción de sus objetivos de clase. En las páginas siguientes se tratará de ilustrar empíricamente esta proposición con datos de la historia del movimiento reformista argentino.

Antes de pasar a tratar el caso del movimiento reformista argentino parece conveniente desarrollar un poco más algunos puntos generales que le pueden servir de introducción. Desde un punto de vista histórico, se puede afirmar que la reforma universitaria cordobesa que lo genera, tiene su origen en transformaciones profundas que la sociedad argentina y, en particular, sus clases medias habían estado experimentando desde fines del siglo XIX. Desde la Reforma de 1918, las universidades argentinas pasaron a ser no sólo crecientemente influenciadas sino dominadas, como lo fue todo el aparato educacional, por las clases medias. Y dentro de ellas hicieron sentir su peso los nuevos sectores que emergían del acelerado proceso de industrialización y urbanización, cuya situación de prestigio y poder se había incrementado simultáneamente en otras áreas sociales. En todo

el periodo las universidades se ajustaron mejor a las aspiraciones y necesidades sociales de estas clases que a los requerimientos profesionales del país, y sus criterios de prestigio penetraron profundamente en muchas decisiones importantes, como las relativas a la distribución de las carreras universitarias.

Para juzgar adecuadamente el rol de los estudiantes en un movimiento estudiantil es necesario no solamente estudiar sus ideologías, sino que más importante aún es saber cuál es el aporte de intereses específicos que ellos realizan, es decir, cuáles son sus valores sociales que sienten comprometidos y tienen la voluntad de reivindicar. Para poner una base objetiva a este problema de atribución de intereses es necesario indicar varios aspectos estructurales. En primer lugar, cabe señalar que en términos amplios, cerca de tres cuartos de todos los estudiantes argentinos procedían de las clases medias hacia 1960. Luego, de que los estudiantes cualquiera que sea su origen son candidatos a posiciones ocupacionales de niveles medios altos (la propiedad y las profesiones son los núcleos de las clases medias altas). A caso sea éste, más que cualquier otro, su aspecto objetivo más determinante. Muchos de estos estudiantes proceden de familias que colocan por primera vez a uno de sus miembros en la universidad. No son tanto “herederos” en el sentido de Bourdieu, sino “primerizos” que valorizan mucho su condición de estudiantes y de futuros profesionales. Los intereses de ambos no son siempre coincidentes, antes bien, muchas veces chocan fuertemente. Los “herederos” fueron siempre propensos a un tipo de politización que se proyectó fuera de la universidad porque todos ellos eran candidatos a líderes nacionales. Los “primerizos” tendían, en cambio, a una politización con contenidos de más corto alcance, más ligada a sus intereses y a la profesión, a la facultad y, a lo más, a la universidad.

El caso argentino revela que la unidad del movimiento estudiantil y la eficacia de sus acciones dependieron mucho de la homogeneidad interna de las clases medias y de las alianzas externas en que participaron los diversos sectores de éstas. El conocimiento de dichas alianzas, muchas veces tácitas, la naturaleza de los objetivos que perseguían, el poder de que dispusieron y la posición del movimiento estudiantil en relación a ellas, es uno de los aspectos esenciales de nuestro problema. La viabilidad de las acciones y objetivos universitarios y políticos del movimiento reformista —como se verá— dependió mucho de su convergencia o divergencia con las actuaciones sociales de las clases medias y de sus alianzas.⁷ Cuando se apartó de estas alianzas y las antagonizó, la consecuencia invariable fue, en el pasado argentino, que se aisló y perdió fuerza política, y esto fue porque se colocó fuera de las configuraciones de fuerzas sociales más importan-

tes. Cualquiera que sea su importancia, un movimiento estudiantil tiene poca fuerza propia, y la que tiene es poco continua. *En general, y en situaciones no revolucionarias, su poder crece sólo cuando se suma a movimientos sociales más amplios orientados por las clases con las cuales tiene las mayores vinculaciones objetivas.*

IV. EL MOVIMIENTO REFORMISTA EN LA POLITICA ARGENTINA

(1918-1966)

1918: los orígenes. El estudio del movimiento reformista argentino ha producido una abundante literatura que ha reconstruido con detalle los acontecimientos iniciales y su propagación posterior.⁸ Los diversos autores concuerdan en general al considerarlo como una expresión del movimiento ascensional de las clases medias que se habían formado rápidamente debido a la acción principal de tres factores: una industrialización muy precoz,⁹ un acelerado proceso de urbanización y grandes migraciones externas. En efecto, este acuerdo se apoya en datos empíricos incuestionables. Pero si se atiende con más cuidado a la cronología de la emergencia del movimiento reformista en relación con las clases medias, se puede advertir que hacia 1918 éstas ya habían logrado la realización de una parte sustancial de su proyecto político. Dos años antes de la Reforma Universitaria dieron un paso decisivo con el triunfo electoral que consagró presidente a Hipólito Yrigoyen, un caudillo de masas que representaba una constelación de fuerzas políticas y sociales en las que las clases medias urbanas y rurales tenían un peso decisivo. La influencia política de las clases medias tradicionales gravitaba desde bastante antes aunque estrechamente ligada a la dominación oligárquica. Sólo después de 1912, con la reforma electoral y con su voto, las clases medias de origen inmigratorio contribuyeron a modificar la composición del parlamento nacional.

La Reforma Universitaria no fue entonces el detonante de un proceso de cambios más generales sino, al contrario, lo que significó fue algo así como una expresión rezagada de un proceso que ya había alcanzado su culminación en otras esferas, y que se había realizado en lo que era circunstancialmente más importante que fue la conquista del poder político. Aunque la alianza en que dominaban las clases medias no pudo luego conservar el poder, mientras lo mantuvo, se sirvió de él para concretar gran parte del proyecto reformista, mediante acciones que incluyeron nuevos estatutos universitarios y una reforma bastante amplia del régimen de estudios, las carreras y la organización universitaria. De manera que las aspiraciones de estas clases medias ascensionales se encarnaron profundamente en el ideario reformista, tanto en la universidad como fuera de ella.

La modernización universitaria— y también la secularización como en la universidad de Córdoba cuando la dominación clerical era un medio para la dominación oligárquica—¹⁰ fue una transformación imprescindible en una sociedad que había mudado profundamente y en la que —no hay que olvidarlo— el nuevo estilo de dominación que las clases medias habían ayudado a establecer, hacía perentoria la redefinición de las funciones de la universidad. Una universidad oligárquica no tenía ya cabida en una sociedad que se masificaba.¹¹

Por más simpatía que se tenga por la Reforma Universitaria, es hoy difícil pensar con fundamento que ella representó una verdadera revolución universitaria. En primer lugar, fue un movimiento de reajuste que comenzó en una universidad que al mismo tiempo que la más atrasada era la menos representativa de las tres universidades argentinas. Luego, es evidente que con la excepción de los tumultos iniciales no enfrentó resistencias serias y en muy poco tiempo pudo ver que el gobierno convertía en legislación la mayor parte de su plataforma. Después de concluido el primer periodo yrigoyenista enfrentaría algunas dificultades serias, pero cuando ellas se presentaron toda la situación había cambiado. “La Reforma, nacida en 1918, como un movimiento romántico, anticlerical, generacional y orgullosamente egocéntrico”, así la definen dos de sus más autorizados cronistas,¹² con rasgos que —luego se verá— pueden satisfactoriamente ser explicados por el contexto social que la produjo.

Toda la información existente sobre el número de participantes en asambleas, manifestaciones y otras actividades, indica coincidentemente que una proporción considerable de los estudiantes tuvo una participación activa y entusiasta. Las acciones estudiantiles fueron intensas y estuvieron localizadas principalmente en la universidad. Los problemas más generales, de la sociedad argentina y del mundo, apenas si dieron lugar a alusiones retóricas. Lo esencial de sus metas, que eran concretas, se encontraba dentro de los recintos universitarios, donde planteaban la necesidad de la reforma del gobierno universitario, de la organización docente, de las carreras y de los estudios. Estos planteos fueron realistas y en gran parte justificados. Al poner énfasis sobre la democratización del acceso a la universidad, el reclutamiento abierto y competitivo de profesores y la co-gestión en el gobierno universitario, los reformistas no estaban innovando en el terreno de las ideas, pero sí estaban expresando en la universidad el equivalente de las presiones para el ensanchamiento de la participación de las clases medias que experimentaba el conjunto de la sociedad. La universidad había estado ligada muy de cerca con el sistema de dominación que circunstancialmente periclitaba. Ella había tenido una participación muy activa y destacada en la alianza que sustentaba

el poder oligárquico tanto en la función difusa de formar los candidatos para sus cargos más prominentes como en la mucho más concreta de ser una antesala cuyas posiciones prestigiaban a los políticos. La función del movimiento reformista fue de actuar como detonante impulsando la transformación de una universidad que ya no se ajustaba al nuevo esquema de poder, en el que se destacaba la gravitación de los emergentes grupos urbanos de clase media fuertemente inclinados a hacer sentir sus presiones en el terreno educacional y a valerse de ella como un instrumento de movilidad social.

La preocupación del movimiento reformista por la facilitación de los estudios (asistencia libre a clases, horarios adecuados, etcétera), la diversificación de las carreras y la extensión universitaria deriva claramente de las necesidades de estos grupos urbanos para quienes la educación superior constituía un medio de movilidad y de adquisición de prestigio de considerable importancia. Menos orientados hacia la actividad pública y las actividades de prestigio, donde tenían un acceso dificultoso y limitado, y mucho más hacia la actividad económica privada y las profesiones técnicas y dependientes, estos sectores de las clases medias emergentes atribuyeron a los estudios universitarios un sentido distinto del que habían tenido hasta ese momento y que, en efecto, para ellos era incuestionable que lo tenía. La universidad debía vincularse a las actividades que estaban transformando al país y para eso tenía que ser transformada hasta sus cimientos. No era posible que toda su tarea se concentrara en la formación de abogados y médicos sin ninguna relación directa con las actividades productivas. Tampoco era posible que las actividades académicas estuvieran pensadas como si todos los estudiantes fueran miembros ociosos de las diversas oligarquías. La población estudiantil se había modificado profundamente y crecía en ella abrumadoramente la proporción de estudiantes que procedía de familias de ingresos medios que a menudo estaban forzados a depender de una actividad remunerada para subsistir. La diversificación de las carreras, el desarrollo de nuevas carreras técnicas, era una obvia necesidad en un país en el que se registraba un ingreso temprano a la "etapa de la sustitución de importaciones", acelerada notablemente en el transcurso de la primera guerra, que había traído una considerable complejización de la producción industrial y del área de los servicios.

En cambio, la extensión universitaria no presenta una relación tan directa con los acontecimientos. En lo que tiene de ensayo de un nuevo sistema de difusión lateral y hacia abajo de la cultura académica, especialmente en sus aspectos técnicos y científicos, el proyecto se justificaba por la heterogeneidad de la población que estaba accediendo a la universidad (muchos eran hijos de inmigrantes) y por las

necesidades de especialistas para los sectores modernos de la economía. Pero si se vincula la extensión universitaria con el mito reformista de la “unión obrero-estudiantil”, se advierte en seguida que la base de sustentación era mucho menos real. La unión obrero-estudiantil derivaba de las ideologías radicales en boga al tiempo de la Reforma, pero fue promovida por algo más concreto que una necesidad utópica. La idea de que en algún momento el movimiento reformista podría servir de puente para una nueva alianza entre los sectores esclarecidos y progresistas de las clases medias y la clase obrera organizada, con fuerte conciencia de clase y orientada por sus sindicatos y partidos de clase, constituye una “idea-fuerza” de la que el movimiento reformista argentino nunca se ha separado. Todas sus reorientaciones ideológicas posteriores se han planteado en torno al examen autocrítico de su trayectoria histórica en cuanto tuvo que ver con el éxito de sus tentativas para concretar esta alianza de clases. Cuando ocurre la Reforma, el radicalismo yrigoyenista contaba con un amplio seguimiento de masas populares pero nunca pudo lograr el apoyo de los sindicatos obreros, que se habían formado dentro de la tradición socialista y anarquista y que se mantenían bajo su control. Aunque variable, la oposición sindical fue siempre de envergadura y entre 1919 y 1921 se opuso frontalmente a la política económica y social del gobierno de Yrigoyen que reprimió sangrientamente algunos de los movimientos obreros. De manera que las posibilidades de la coalición postulada por la doctrina de la unión obrero-estudiantil fueron muy remotas, y ella permaneció como había sido formulada, como un sueño utópico que nutrió —y a veces desorientó— a varias generaciones de reformistas.

El movimiento reformista no fue revolucionario ni en los hechos ni por propia confesión. En su Manifiesto Liminar de 1918 se puede leer: “Se nos acusa ahora de insurrectos *en nombre de un orden que no discutimos* pero que nada tiene que hacer con nosotros.” (El subrayado es mío.) En su etapa inicial la Reforma siempre fue consecuente con este principio, nunca pidió o exigió otra cosa que lo que le era pertinente como movimiento que representaba intereses de clase media, excepto en lo relativo al co-gobierno paritario. Sin embargo, aun en este terreno, supo ajustarse a las posibilidades que la propia situación ofrecía y sin dificultades aceptó participar en el gobierno universitario con una fracción bastante menor que el tercio que reclamaba. Y es que en realidad no tenía motivos para ser más beligerante y entrar en conspiraciones para derribar un orden que se había mostrado acogedor y flexible ante lo esencial de las exigencias reformistas. Es que no había ninguna contradicción objetiva entre el gobierno nacional y el movimiento reformista; cada uno en su esfera

representaban intereses que derivaban de las necesidades de los grupos y clases que formaban la coalición dominante y cuya conciliación resultaba por eso bien fácil de lograr. Simplemente, el problema era de división de funciones y grados de autonomía entre la universidad y el gobierno nacional. Como este no tenía motivos para desconfiar de los reformistas, les concedió a las universidades un margen de autonomía mucho mayor que la que habían tenido nunca. Bien pronto esta autonomía iría a ser cuestionada y reducida sustancialmente por el gobierno siguiente (Alvear) que ya no representaba la misma constelación de fuerzas e intereses que Yrigoyen.

El mensaje político de la Reforma ha sido mucho menos revolucionario que lo que algunos han querido ver en él. Aunque indudablemente arbitraria por la diferencia de épocas históricas, su confrontación con la crítica social y política de los movimientos estudiantiles contemporáneos, en América Latina y en otras partes del mundo, les sería desfavorable. Cargado con la retórica alambicada y difusa de la preguerra, el mensaje político reformista reconocía influencias muy diversas en las que predominaba el idealismo alemán y la teoría de las generaciones, pero había en él muy poco de marxismo. En sus formulaciones más generales no había un pensamiento vernáculo genuino como luego se intentará hacer en el Perú. Y en verdad no había motivos para que su crítica social fuera más concreta y radical. La Argentina se encontraba en el periodo de mayor prosperidad relativa de su historia. Su ingreso *per capita* figuraba entre los primeros del mundo y las nuevas clases medias estaban aprovechando ampliamente esta expansión sin precedentes, de manera que no había motivos para que ellas u otros grupos elaboraran un proyecto revolucionario de transformación del orden social: en estas condiciones sólo bastaba reajustarlo.

En síntesis, el movimiento reformista surgió como la expresión universitaria de un movimiento social más general, cuyo centro estratégico estaba formado por las nuevas clases medias urbanas y en cuyo orden social se integró fácilmente aportándole un dinamismo considerable. Por eso, por formar parte de esta coalición de fuerzas que había alcanzado una posición dominante, el movimiento reformista pudo formular una política universitaria constructiva, su radicalización estuvo circunscrita a los límites políticos establecidos y su acción se concentró principalmente en el plano intra-universitario. Fue un caso típico de movimiento estudiantil que persigue objetivos de cambio en la universidad, que se inscriben bien en un *statu quo* general del cual era parte explícita.

1922: *la reacción anti-reformista*. El gobierno de Alvear, que siguió al primer periodo yrigoyenista, significó el triunfo del ala derecha y tradicional del radicalismo, en alianza con la oposición anti-yri-

goyenista, y el retorno a una política oligárquica que fue puesta en práctica con un solapado apoyo militar. En el plano universitario, esta política se tradujo en la restricción de la autonomía y la participación estudiantil en el gobierno universitario. Perdido el apoyo gubernamental, enfrentando una hostilidad creciente del lado del sector hegemónico del radicalismo que trató de ganar el control de las universidades, el reformismo comprendió que su principal problema era mantener su autonomía frente a los poderes políticos y su influencia dentro de ellas. Estos dos temas, autonomía y co-gobierno, serán dominantes en los objetivos de la lucha estudiantil de este periodo.

Esta nueva situación forzó al reformismo a engrosar una oposición muy dividida y en conflicto, en la que obviamente no encontró un lugar definido como el que había tenido antes en la coalición yrigoyenista. Esta primera experiencia de oposición lo dejó aislado y replegándose sobre sí mismo. Su atención se concentró ahora en los problemas extra-universitarios y en el desarrollo de una crítica social más aguzada y radical.

De esta época datan las primeras tentativas de formulación de una doctrina reformista que intentó la formación de un movimiento nacional, basado en una amplia alianza de clases medias y populares que pudiera servir de fundamento a un nuevo sistema de dominación. En esos años se publicó mucho sobre estos problemas. Algunos de los líderes reformistas del 18, que no se encontraban satisfechos con ninguno de los partidos del centro o de la izquierda que hacían la oposición al radicalismo alvearista, pensaron en la necesidad de un movimiento propio con nuevas fórmulas políticas y capacidad de aglutinamiento de las fuerzas sociales que pudiera articular y llevar a cabo una política progresista. Hacia 1927, cerca de cumplirse una década del movimiento reformista, Julio V. González, uno de sus más importantes líderes y doctrinarios, propuso la creación de un Partido Nacional Reformista, como un modo de dar expresión política definitiva a “los hombres nuevos que pasan por las universidades (y) vienen. . . interviniendo en la discusión de los negocios públicos”. Se refiere luego a ellos como constituyendo “una nueva generación de políticos”.¹³

La idea no tuvo entonces mucha acogida pero no desaparecerá por mucho tiempo de la mente reformista. A ella se volverá cada vez que el movimiento reformista se haya encontrado solo, sin vínculos políticos satisfactorios y al mismo tiempo necesitado de ganar directamente apoyo externo. Hacia 1930, muchos de los más conspicuos líderes reformistas renuncian a esta idea y se afilian a los partidos de la oposición: el radicalismo yrigoyenista, el socialismo, la democracia progresista, el comunismo. Muy pocos de ellos se integran bien en sus

partidos y logran luego destacarse como políticos; la mayoría, en cambio, tiene una vida conflictiva con el frecuente desenlace de la segregación, la renuncia o la expulsión.

Sin embargo, esta vinculación política de algunos de sus líderes no significará una mayor integración del movimiento reformista con la oposición, porque ésta no existía sino como una serie de oposiciones parciales. Las condiciones no estaban dadas todavía para que la oposición sintiera la necesidad de mancomunar sus fuerzas para la movilización de las masas y la formulación de una política nacional. El reformismo será siempre remiso a sumarse a la suerte de un solo partido. Aunque muchas veces no haya sido explícita, su actitud en todo el periodo fue consecuente con la necesidad de una alianza de las clases obrera y media como única base posible para una política nacional y progresista.

1930: la restauración oligárquica. El golpe militar que derribó al segundo gobierno de Yrigoyen representó la emergencia de la vieja constelación oligárquica ahora con apoyo militar desenmascarado, en la que era visible la influencia que ejercía el fascismo europeo, que algunos tomaban como modelo político. Poco tiempo antes el movimiento reformista había pasado a sumarse a la oposición anti-yrigoyenista sin comprender muy bien las oscuras fuerzas que se estaban reorganizando. Cuando se produce el golpe militar, el reformismo "fubista" lo apoyó explícitamente.

El movimiento reformista se encuentra vacilante y debilitado, la participación estudiantil ha bajado mucho, carece de capacidad para movilizar las masas estudiantiles y muestra muy poca combatividad. Poco tiempo después habría intervención de universidades y persecución intelectual, y su reacción será de condenación pero sin mucha fuerza y convicción. La restauración oligárquica trajo consigo otras experiencias que el reformismo no pudo tolerar, como las tentativas para establecer un régimen corporativo, proscripción de los partidos políticos, fraude electoral, veto de candidaturas; en general, la oposición fue perseguida y se disgregó o sumergió en la clandestinidad. Desaparecido Yrigoyen, la principal fuerza popular de oposición fue el radicalismo alvearista que, no obstante su proscripción, no rompió definitivamente sus vínculos con el gobierno militar porque Alvear aspira a convertirse en la salida civil y constitucional del golpe militar. Y cuando advierte que el gobierno militar no aceptaría su candidatura apoya a su ex-ministro de Guerra, el general Justo, que llega a la presidencia luego de un escandaloso fraude electoral en el que recibió un cuantioso aporte radical. Por primera vez la oposición se une en la Alianza Democrática, que aunque no recibe el concurso radical, cuenta con el apoyo de los sectores progresistas del país, en un ensa-

yo de frente popular contra la dictadura militar y el continuismo oligárquico.

La derrota electoral, que entraña la consagración del proyecto oligárquico, produce un tremendo efecto desmoralizador sobre la oposición y también sobre el reformismo. La confusión se torna general: los grupos y sectores sociales se alinean de acuerdo con esquemas políticos muchas veces incoherentes. Las tradiciones políticas siguen pesando aunque su papel se haya vuelto ambiguo. El radicalismo todavía representa una fuerza política que tiene su centro en las clases medias pero que Alvear pone al servicio de políticas y grupos oligárquicos. El progresismo anterior de las clases medias que alentó las aspiraciones reformistas de lograr una alianza estable con la clase obrera se habría concursado a esfumar.

En medio de esta confusión el movimiento reformista se cierra sobre sí mismo, se vuelve doctrinario y se adhiere al utopismo revolucionario. En 1932 aparece un grupo ("Insurrexit") muy crítico cuya influencia aunque circunstancial deja huellas profundas que se proyectan sobre las orientaciones y objetivos, así como en las estrategias reformistas de los años siguientes. En lo esencial, su crítica preconiza por primera vez la necesidad de que el movimiento reformista se vincule de cerca al desarrollo de la revolución social que la izquierda de esos años esperaba se produjera primero en Europa. Perduraba todavía la época del "internacionalismo obrero" que tanta influencia tuvo en el pasado y aún tendría en los años siguientes en las orientaciones ideológicas y en la acción política de la izquierda argentina. Era éste un pensamiento que juzgado desde nuestros días parece indudablemente alienado y que efectivamente llevó, al momento, al abandono de las "reivindicaciones inmediatas y a la espera de la gran revolución".¹⁴ De hecho, era una actitud de evasión, de negación de la acción posible. Como ninguna otra fuerza política nacional tenía todavía ningún proyecto semejante, la proposición no pasó del terreno doctrinario sin más consecuencias prácticas que la influencia enervante que tuvo sobre la estrategia estudiantil. En estos años la Reforma entra en una declinación profunda.¹⁵ Una situación distinta iba a predominar en los años siguientes a 1936 cuando, ante la amenaza fascista, los partidos comunistas abandonan su posición de aislamiento y pasan a promover muy activamente la formación de "frentes populares". El movimiento reformista, preocupado como estaba por el problema fascista, se suma a estas campañas pro-unidad y logra acercamientos políticos con los partidos y sectores que participan en la lucha antifascista. La guerra civil española, que comienza en ese mismo año, iba a agregar intensidad a las confrontaciones que se producían

en torno del fascismo, separando aún más los campos y antagonizando las posiciones.

La actitud de las clases medias en este proceso fue considerablemente ambigua. Una parte muy importante de sus sectores más altos fue favorable al fascismo, particularmente en la clase media tradicional y entre la nueva burguesía de origen italiano y español (que era muy numerosa pues de esos orígenes procedía la gran mayoría de la población argentina). La resistencia antifascista se concentró en los sindicatos y partidos de la "aristocracia obrera", entre los intelectuales y profesionales, pero en general no tuvo arraigo entre los sectores populares y las clases medias fuera del sector urbano de Buenos Aires y del Litoral, para quienes era un problema lejano que no los tocaba directamente, pues estaban preocupados por las situaciones más concretas que derivaban de su vida cotidiana.

Es decir, lo que había sido el "frente" del cual procedía el reformismo estaba ahora muy antagonizado respecto de un problema que acaso nunca tuvo demasiada vigencia nacional y cuya principal consecuencia inmediata fue el enmascaramiento de los cambios profundos que estaba experimentando por esos años la sociedad argentina. El fuerte impacto de la crisis de 1929 había producido un reordenamiento de la economía argentina, que había entrado en un proceso acelerado de sustitución en gran escala de importaciones de productos manufacturados, y las grandes migraciones internas estaban modificando la fisonomía urbana, en particular la de Buenos Aires. La universidad, entre tanto, había vuelto a un alto grado de entendimiento con los gobiernos conservadores reintegrándose sin dificultades a la política oligárquica. No pocos de sus profesores, especialmente de Derecho, transitaban continuamente de las cátedras a los ministerios y viceversa.¹⁶ En 1943 un grupo de profesores, todos ellos figuras muy conocidas del *establishment* oligárquico, suscriben una declaración promoviendo una candidatura presidencial. El clima moral e intelectual de la universidad está muy bajo y participa de la atonía general del país.¹⁷

En 1942 el Tercer Congreso Nacional de Estudiantes ratifica las tesis antifascistas y la promoción del "frente popular". Esta es una época muy oscura para el reformismo, que ya no entusiasma a las nuevas generaciones universitarias y que por eso logra muy poco apoyo estudiantil. La universidad está visiblemente corrompida pero el reformismo no reacciona ni reformula sus objetivos. Al contrario, participa él mismo de la corrupción existente puesto que para no pocos su función es servir de plataforma para el lanzamiento universitario o político para más de una carrera personal.

Es posible que en esos años la composición social de la universidad

haya estado modificándose sustancialmente, ganando importancia la representación de los sectores bajos de las clases medias cuyos nuevos miembros ingresaban a la universidad estimulados por el rápido proceso de la urbanización e industrialización. La universidad era una fuente segura para el acceso a las profesiones, ninguna de las cuales mostraba serias señales de crisis. De manera que estando la universidad suficientemente abierta para los aspirantes disponibles, siendo los estudios casi gratuitos y constituyendo una base segura para el posterior lanzamiento profesional, no había problemas serios que pudieran provocar un interés especial de las clases medias por la modificación de la situación universitaria.

En síntesis, el periodo que va desde 1930 hasta el nuevo golpe militar de 1943 estuvo dominado por la presencia del fascismo europeo que funcionó como un divisor de fuerzas, generando un proceso de enmascaramiento de la realidad que perjudicó seriamente las perspectivas de los partidos democráticos y de izquierda. También el movimiento estudiantil sufrió un bloqueo perceptual que le impidió la comprensión de los cambios internos y que lo descolocaron respecto de la realidad universitaria y nacional. Esta externalización de los objetivos puesta en el fascismo, condujo a una visión maniqueísta de la política que pasó así a ser concebida casi exclusivamente en términos del esquema fascismo-antifascismo. Era imposible encuadrar dentro de este esquema una política razonable para la universidad o para el país, de manera que tanto el reformismo como los partidos democráticos fueron quedando a la zaga de unos acontecimientos que muy poco tiempo después los desbordarían completamente.

1945: *la "larga marcha" del anti-peronismo*. El golpe militar de 1943 retrotrajo a las universidades a condiciones que en muchos aspectos correspondían a la época pre-reformista. Animado por los triunfos de las potencias fascistas, y convencido de su victoria final, el gobierno militar inició una política autoritaria y represiva que gravitó pesadamente sobre la universidad y el país. De nuevo las universidades fueron intervenidas y perseguidos los organismos estudiantiles. Desde el año 1944 se comenzó a notar un renacimiento del movimiento de reforma, pero fue en 1945 que la participación estudiantil y la combatividad del movimiento alcanzarían sus picos más altos en su resistencia a la dictadura militar. Hacia este último año era ya evidente el surgimiento del movimiento peronista que iba configurando una alianza de clases inédita en la política argentina, que combinaba nuevos sectores de la burguesía industrial, algunos sectores marginales de las clases medias asalariadas y, fundamentalmente, los nuevos sectores populares urbanos y rurales que se habían formado con motivo de los vastos procesos de movilización social y ecológica que ha-

bían estado ocurriendo desde mediados de los años 30. Estas masas, que habían quedado marginalizadas de la vida política, fueron incorporadas por el peronismo mediante una amplia manipulación del aparato sindical que incluyó la creación de nuevos sindicatos y la sustitución, muchas veces violenta, de la élite sindical vinculada al radicalismo y a los partidos tradicionales de izquierda.

El núcleo del anti-peronismo estuvo centrado en la masa de las clases medias que de una manera unívoca formaron un cerrado frente opositor. En 1946, con la formación de la Unión Democrática, se concretaría la existencia de una alianza opositora que ya funcionaba en los hechos y que no obstante la derrota electoral seguiría sin mayores variantes, aunque soterradamente, hasta el derrocamiento de Perón en 1955. De esta alianza, a la que ingresó formalmente el Partido Comunista, fueron excluidos los partidos conservadores. Aparentemente era entonces una alianza de centro-izquierda pero en la realidad se colocaba mejor del centro hacia la derecha del espectro ideológico, tanto por el apoyo que desde fuera le proporcionaron los conservadores como por el aburguesamiento de los partidos de izquierda, cuya capacidad de incorporación de las masas populares era prácticamente inexistente. El peronismo, con una plataforma nacionalista y populista, llenó este vacío y triunfó ajustadamente en las elecciones de 1946.¹⁸

Uno de los focos más activos y beligerantes de la resistencia anti-peronista estuvo en las universidades, en donde la movilización opositora de estudiantes y profesores fue masiva. De nuevo se hizo evidente, esta vez más que antes, que el comportamiento de las universidades respondía muy de cerca al de las clases medias. Tanto unas como otras fueron consecuentes en un anti-peronismo que no estuvo desvinculado. En efecto, Perón nunca pudo controlar completamente a las universidades porque no pudo atraer a las clases medias.

Hacia 1946 las universidades fueron nuevamente intervenidas, comenzando una persecución sin precedentes. Aunque parezca paradójico, esta persecución reforzó al movimiento reformista porque si bien raleó sus filas, sirvió también para racionalizar y volver realistas sus objetivos y tácticas. Hacia 1950 el movimiento reformista enfrentó una amenaza aún más seria con motivo del surgimiento de un movimiento estudiantil paralelo, creado por el oficialismo peronista, ampliando su proyecto de convertir a la universidad en un apéndice del partido peronista. La tentativa fracasó pero dejó sus huellas en el movimiento reformista, que a partir de entonces pasó a participar activamente en la conspiración anti-peronista.

De esta manera, el movimiento reformista se mantuvo integrado

con grupos y sectores extra-universitarios que incluían desde los sindicatos obreros anti-peronistas a los sectores liberales de la “oligarquía”, pasando por una gran variedad de sectores y partidos políticos de las clases medias. Al reincorporarse ideológicamente al seno de estos grupos sociales con los cuales estaba objetivamente vinculado, el movimiento reformista centró nuevamente sus aspiraciones en los problemas universitarios y desplazó también mucha energía y atención hacia su propia conservación como movimiento. Los líderes de este momento carecían de un proyecto político general, no siempre sus orientaciones políticas eran coincidentes y muchos de ellos tampoco tenían aspiraciones políticas generales: su objetivo central era la derrota del peronismo y la vuelta al régimen constitucional. En la universidad, su preocupación dominante fue la recuperación de la autonomía para evitar la interferencia política y la mejora de los niveles académicos que habían declinado mucho desde la separación masiva de los profesores llevada a cabo por la intervención de 1946. Sobre estas bases tan difusas, y teniendo en cuenta la deplorable situación en que el peronismo colocó a la universidad argentina, no fue difícil congregarse en torno de las filas reformistas una masa considerable de estudiantes y al mismo tiempo generar movimientos de apoyo entre los profesionales y otros sectores de las clases medias. El carácter fuertemente autoritario del gobierno peronista acentuó todavía más estas tendencias. La represión produjo un “efecto de purificación” alejando del liderazgo reformista a los arribistas y logreros, porque nada se podía conseguir a corto plazo partiendo de la militancia universitaria. Al contrario, muchas puertas se cerraban para los que habían actuado contra el régimen.

La lucha contra el régimen peronista, que para las clases medias funcionaba como una dictadura, representó un desafío muy concreto que actuó como aglutinante no sólo de la organización del movimiento reformista sino también de sus metas. La persecución tendió a bloquear las posibilidades del escapismo utopista: ella es cotidiana y muy concreta y, por eso, produce un pensamiento práctico y realista, aunque a veces demasiado inmediatista. Esta lucha se presentaba con todas las características de la confrontación entre fascismo y anti-fascismo, que tanta vigencia había tenido desde los 30 y más aún durante la Segunda Guerra Mundial. Su simplificación maniqueísta era también la base de la coalición anti-peronista y tuvo la consecuencia principal de que sirvió como puente con el movimiento reformista y, de esta manera, se estableció una vinculación mucho más estrecha que en cualquier otro momento del pasado.

Vista retrospectivamente, la relación que se estableció entonces parece hoy bastante asimétrica. Aunque mantuvo una gran autonomía

en los hechos, el movimiento reformista fue “magnetizado” por un esquema que si bien convenía a los partidos y grupos de la coalición opositora, no era el más adecuado para orientar su estrategia política frente a los cambios rápidos y profundos que se estaban produciendo en la realidad social. Lo que el peronismo representaba profundamente, más allá de la presencia política de Perón, fue comprendido sólo con mucho retraso y no poca ambigüedad por los estudiantes, que en este caso agregaban a su propia ambigüedad de clase la del esquema de interpretación que le habían transferido los partidos políticos y la prensa liberal opositora.¹⁹

En síntesis, en este periodo el movimiento reformista estuvo estrechamente vinculado con sus bases sociales con las que desarrolló una acción conjunta de naturaleza exclusivamente opositora. El carácter negativo de esta política, añadido a la naturaleza de los esquemas adoptados, hizo que el movimiento reformista desarrollara una acción concentrada fundamentalmente en la oposición política pero dentro de la universidad, que era entonces un terreno muy politizado por la pretensión del peronismo de convertirla en un apéndice del partido gobernante. Para los ojos de las clases medias y altas, éste fue indudablemente el momento de mayor gloria del movimiento estudiantil, porque lo vieron como un acérrimo defensor de sus intereses cuando suponían que se encontraban profundamente amenazados. Es bien posible que haya sido un eficiente “ángel guardián”, porque no obstante que el anti-peronismo significó la integración circunstancial de una muy amplia constelación de intereses que no siempre fueron visibles para el movimiento reformista ni claramente interpretados por él, tornó su defensa con tanto ahínco y resolución como quizá ningún otro grupo lo hizo.

El peronismo tuvo el cuidado de realizar al mismo tiempo que una política de represión otra de apertura y democratización del reclutamiento universitario como no había ocurrido antes. Los estudios universitarios se volvieron accesibles para un número creciente de candidatos que ingresaban a la universidad sin prueba alguna de selección y pago de aranceles, y que provenían de sectores que anteriormente carecían en la práctica de representación en las filas universitarias. De manera que a los mismos sectores medios y bajos de las clases medias (empleados, pequeños comerciantes, intermediarios, etcétera) que experimentaban las consecuencias ominosas de la falta de posibilidades de expresión política y, cuando lo intentaban, de represión policial, la universidad se les abrió como una cercana y concreta posibilidad de ascenso social para sus hijos. No es fácil juzgar ahora como operó esta contradictoria situación. Acaso sea posible verla reflejada en una doble moral que manejó el movimiento estudiantil por esta época y

que después quedó fijada en la ética reformista. Según ella, los intelectuales dignos no podían permanecer ni ingresar a la universidad: los profesores debían renunciar y los que permanecieron después de 1946 fueron ampliamente repudiados. En cambio, los estudiantes podían estudiar y hasta se recomendaba la necesidad de que permanecieran en la universidad. En algunas facultades se valorizaba a los estudiantes que adelantaban estudios aprovechando las facilidades que les ofrecía la declinación del nivel de las exigencias académicas para la promoción de los cursos. Es decir, una cosa era hacer la oposición, en la que los líderes y activistas corrían incuestionables riesgos (no pocos estudiantes fueron expulsados) y otra bien distinta era comprometer el destino personal tan estrechamente dependiente del logro del título profesional. La resolución de esta contradicción se hizo a expensas de las huestes del movimiento estudiantil que la persecución hizo declinar durante todo el periodo. También afectó la táctica estudiantil que después de diciembre de 1946 no pudo casi apelar a la huelga como medio eficaz de lucha universitaria.

De lado del mercado profesional, las posibilidades también fueron favorables para las clases medias. De este periodo data la reglamentación de la mayor parte de las carreras profesionales universitarias cuya utilización fue impuesta en muchos casos a empresas y otros consumidores, mediante la creación de "necesidades" anteriormente inexistentes que ampliaron considerablemente la demanda profesional. La primera parte del peronismo, sobre todo, constituyó algo así como una "edad de oro" para las profesiones universitarias. La universidad actuó como una eficaz agencia para la preparación y colocación de profesionales, al mismo tiempo que se convirtió en una de las principales avenidas para el ascenso social de amplios sectores de las nuevas clases medias. Esta fácil salida profesional y las perspectivas ascensionales que ella ofrecía pueden ciertamente haber creado un efecto de amortiguamiento sobre las profesiones contenidas de las clases medias. Si a la represión política se hubiera agregado una crisis profesional, el efecto acumulado de ambas situaciones habría sido una relación aún más conflictual de las clases medias con el peronismo.

1955/66: el post-peronismo. En los años que siguen a la caída de Perón, en 1955, el movimiento reformista entra en una línea de lenta radicalización, que se acentúa notablemente a partir de 1960 con motivo de la Revolución Cubana. Inicialmente, el movimiento "hacia la izquierda" es bastante uniforme y homogéneo, pero pasado el primer impacto del fenómeno cubano comienza una etapa de divergencias ideológicas que persiste hasta ahora. Como en los 30, nuevamente se produce una atomización ideológica, sólo que ahora mucho más car-

gada de sutilezas, que deriva de las discrepantes perspectivas con que se asume la interpretación de la realidad y la estrategia a seguir. Tiene inicio así un periodo que se podría llamar de polémica acerca de las tácticas, en que la mayor parte de las divergencias se dirimen no en el terreno de la acción sino en el del bizantinismo verbal. Hay muchos panfletos, volantes, boletines, revistas, etcétera, que son el vehículo de esta a veces acalorada controversia sobre cómo se “produce” la subversión y cuál es el rol del movimiento estudiantil en ella.

Este proceso de desagregación ideológica tiene varias consecuencias que repercuten profundamente sobre las orientaciones y objetivos del movimiento estudiantil. En primer lugar, hay un cuestionamiento bastante generalizado de su pasado que se concentra sobre todo respecto de cuanto significó como expresión de las clases medias en la universidad argentina. Este cuestionamiento es aún más agudo cuando se trata de evaluar el comportamiento del reformismo durante el periodo peronista, dado que su carácter “burgués” quedó puesto en evidencia por su actitud “anti-obrera”, es decir, anti-peronista. El fundamento del cuestionamiento deriva de una reinterpretación “positiva” de Perón y del peronismo, y de una táctica que siguen algunos grupos que busca entrar en alianzas con la clase obrera urbana en gran parte controlada por los sindicatos peronistas.

En este periodo se produce uno de los procesos más profundos y bien orientados de modernización de las universidades públicas argentinas: los *curricula* son actualizados, se reequipan las bibliotecas, se organizan nuevas carreras, se establece la carrera docente, se dan becas de estudios y en muchos campos, prácticamente se inicia la investigación científica, que recibe recursos multiplicados, sobre los problemas nacionales más relevantes. Hasta 1962 aproximadamente, el movimiento estudiantil en parte promueve y en gran parte acompaña este proceso de modernización: es una gran fuerza transformadora utilizada como ariete por el sector de profesores y autoridades progresistas que lo realiza. Al radicalizarse adoptando ideologías milenaristas y revolucionarias, comienzan también a cuestionar el proceso de modernización universitaria al que se descalifica motejándolo con los términos de “cientificismo”, “academicismo” y “tecnocratismo”. Al perder gran parte del apoyo estudiantil, el impulso modernizador se debilita; luego se verá directamente obstruido cuando, en algunos aspectos, la crítica estudiantil se convierta en oposición abierta y activa, sumándose a veces, mediante acuerdo explícito, a la de los sectores tradicionales de la derecha universitaria que siempre se habían opuesto a él. Así, la modernización universitaria debía ser contenida por y en nombre de la reacción, y por otros en el de la revolución.

En esta etapa la radicalización fue aún más allá que en los 30, pues

para muchos estudiantes no fue un mero proceso de recuperación de los elementos extremos de la ideología reformista sino de negación de todo lo que ésta implicaba. Para ellos, el reformismo dejó de ser una referencia positiva ya que la consideraban una ideología de las clases medias que se centraba sobre una estrategia no revolucionaria y cuyas posibilidades históricas estaban agotadas.²⁰ Aun cuando esta radicalización no pasó en muchos casos de un nivel exclusivamente retórico, no por eso dejó de impresionar a las clases medias que, en medio de circunstancias que parecían justificar sus temores, reaccionaron en varios planos contra el movimiento estudiantil dominado ahora por estos grupos radicales. No sólo no fue ya posible establecer alianzas con las clases medias, sino que éstas adoptaron una actitud cada vez más beligerante frente al tremendismo verbal de los estudiantes radicales que tenían el control de la mayor parte del aparato reformista.

La reacción de las clases medias se haría sentir en dos direcciones. La primera fue la del rápido surgimiento de un movimiento estudiantil católico de filiación democrática que pasó a representar mucho mejor que el reformismo los intereses de estas clases. El humanismo (o sus equivalentes), que era un fruto de los procesos de modernización del catolicismo, adoptó todos los ideales de la Reforma con la excepción de su anti-clericalismo. Alguien dijo que “el humanismo es la Reforma que ha llegado”, y que representa a una pequeña burguesía que ha tomado un sólido compromiso con el poder y se ha vuelto conservadora.²¹

La otra fue la de creación de universidades privadas, que con muchas resistencias fueron establecidas en 1958 y autorizadas a expedir títulos habilitantes. Hasta ese momento habían funcionado en la Argentina sólo universidades públicas que, salvo algunas diferencias de nivel académico, constituían un sistema bastante nivelado y democrático. Los graduados de cada una de ellas tenían un prestigio muy aproximado y las mismas posibilidades profesionales que los graduados de cualquier otra. La aparición de las universidades privadas significó la segmentación y estratificación de las universidades argentinas y de las opciones ocupacionales para las profesiones universitarias. Muy pronto se comenzaron a hacer discriminaciones entre los graduados de las universidades privadas y públicas basadas no tanto en diferencias de calidad académica, que no existían al menos en el sentido en que eran invocadas, como en su presunta homogeneidad ideológica. Los egresados de las universidades católicas, particularmente en ciencias humanas y sociales, y también de algunas otras universidades privadas bastante exclusivas, fueron preferidos porque se suponía que con ellos era posible formar una élite más confiable que la que proce-

día de las universidades públicas altamente politizadas y radicalizadas. Esta preocupación se hizo evidente de muchas maneras en los *curricula*, en las bibliografías, en la selección de los profesores, con lo que se trataba de evitar la penetración de ciertas líneas de crítica anticapitalista y de ideología radical, de manera de poder ofrecer el producto universitario seguro y bien orientado que las “altas esferas” del país necesitaban para diversas funciones de asesoramiento y mando.

Estaban bien cerca los días en que se podría advertir que estas precauciones no habían sido suficientes pues, aunque en menor grado, las universidades privadas experimentaron también un proceso de radicalización de sus estudiantes que procedía de dos fuentes principales: los movimientos de contestación surgidos de las corrientes post-conciliares de la Iglesia Católica y la naturaleza de los estudiantes que ingresaban a ellas. Este aspecto tiene una importancia que trasciende el ámbito de las universidades privadas, lo cual sugiere la existencia de fuentes sociales más generales.

Otro proceso, más objetivo, tiene una importancia fundamental. La gran expansión de las universidades públicas tiende a disminuir notablemente hacia el tiempo de la creación masiva de universidades privadas. Posiblemente jugaron en esto varios factores: la saturación de algunas universidades públicas cuyo crecimiento se hacía muy difícil sin una reorganización amplia y la creación de nuevos recintos (la universidad de Buenos Aires había alcanzado hacia 1960 cerca de 80,000 estudiantes universitarios) y una política educacional que, a partir de 1958, tendió a canalizar la expansión de la educación superior hacia las universidades privadas retaceando la asignación de recursos. El congelamiento de la expansión de las universidades públicas ocurrió en un momento en que crecían con un vigor acentuado las presiones para el ingreso a la universidad, que provenían de los contingentes cada vez mayores que concluían los estudios secundarios. Hasta ese momento, el ingreso a las universidades públicas había sido automático para los egresados del secundario, cualquiera que fuera su rendimiento en este ciclo. Al no contar con recursos para expandirse como era necesario, las universidades públicas comenzaron a aplicar una política generalizada de pruebas de selección para el ingreso, que se hicieron crecientemente severas a medida que las presiones y el número de los aspirantes iba en aumento. Las aspiraciones de estos grupos derivaban tanto del prestigio que las universidades públicas habían conservado en el seno de las clases medias como del hecho de que los estudios en ellas continuaban siendo totalmente gratuitos a diferencia de las privadas que cobraban pesados aranceles. De modo que la masa de aspirantes hacía primero su tentativa en la universidad pública y si fracasaban entonces, si económicamente podían, trataban de estudiar

en alguna universidad privada. Estas eran de dos tipos: por un lado, las universidades confesionales y unas pocas no confesionales hacia las que confluían los aspirantes que procedían de las clases altas, especialmente de las tradicionales, pero que también recibían contingentes considerables de los que habían aspirado sin éxito a ingresar en las universidades públicas. Por el otro lado, estaban las universidades comerciales y provinciales que, con recursos generalmente muy precarios, absorbían la mayor parte de los candidatos que engrosaban la expansión de la matrícula universitaria. Los niveles académicos de las universidades de este último grupo fueron bajísimos, en muchos casos sólo meras prolongaciones de malos estudios secundarios. Las presiones de las clases medias de todas partes, pero ahora particularmente de las ciudades medianas y pequeñas del interior, se hacían sentir con tal fuerza que las autoridades públicas, cediendo a ellas en una actitud demagógica, hicieron de la creación de universidades un hecho casi cotidiano, dentro de una política de ganar su apoyo.

Las condiciones bajo las que se produce este proceso de expansión universitaria y sus características mismas, hicieron que la educación universitaria, al extenderse tanto, tendiera a devaluarse y a perder importancia como vía de acceso a las posiciones sociales más altas. Al aumentar tan sensiblemente el flujo de graduados las profesiones universitarias se estratificaron aún más, acentuándose las diferencias entre sus niveles internos y volviéndose más difícil la iniciación del ejercicio profesional y el ascenso dentro de la carrera. En algunas de ellas (las profesiones jurídicas especialmente, aunque también algunas humanísticas y de ciencias sociales) hay un proceso de proletarización que obliga a muchos egresados a aceptar ingresos bajos y tareas administrativas o de otro tipo no relacionadas con sus estudios.

Estas nuevas condiciones han cambiado el cuadro de los factores condicionantes de la acción estudiantil. En primer lugar, el sistema universitario ya no es más un campo unificado sino que está formado por una serie de partes bastante incongruentes. Como ya fue señalado, a partir de 1958 el sistema universitario está formado por las nuevas y viejas universidades públicas y por un conjunto muy heterogéneo de universidades privadas que representan intereses muy distintos. Luego, la población estudiantil es hoy más variada que nunca por los cambios habidos en las bases sociales y ecológicas del reclutamiento universitario y, además, por la complejización creciente de las clases medias, que son hoy más que antes los estratos más representados, al mismo tiempo que los marcos de referencia más próximos para la interpretación de las orientaciones estudiantiles. Finalmente, de la misma manera que es arbitrario considerar unitariamente a las clases medias por la gran variedad de situaciones estructurales y de inte-

reses que engloba el término, lo sería también si se hablara ahora del movimiento estudiantil como si fuera una unidad significativa.

Efectivamente, ya no hay un "movimiento estudiantil argentino" ni parece posible que pueda haberlo a menos que se produzca una reorganización general de sus estructuras, que proceda de un movimiento convergente basado en la persecución consecuente de objetivos comunes. La desagregación actual deriva de varios procesos concomitantes que ya fueron mencionados: la radicalización y atomización ideológica, el ensanchamiento de la base social del reclutamiento, la complejización de las clases medias y la expansión caótica del crecimiento de las universidades que tienden a estratificarse en relación con la demanda profesional que se expande con más lentitud que el flujo de los graduados.

En el pasado las federaciones universitarias del reformismo, la Federación Universitaria Argentina (FUA) y sus filiales y centros universitarios locales (FUBA, FUC, FULP, etcétera) habían sido la coronación institucional del reformismo y habían representado hasta fines de los 50, la parte más activa y politizada del estudiantado universitario. Los procesos anteriormente esbozados desagregaron la acción estudiantil formando varios polos que siguen líneas independientes y a menudo conflictivas. El humanismo, por un lado, lo que queda del reformismo, por el otro, más una serie de grupos y clisés marginales dedicados al examen de sus respectivas ortodoxias ideológicas y a la "preparación de la revolución". También el humanismo ha estado experimentando un proceso de radicalización aunque más moderada que la de los grupos reformistas. Esto ha hecho posible alianzas circunstanciales entre grupos humanistas y reformistas en asambleas y elecciones de autoridades estudiantiles de algunos centros universitarios. Sin embargo, cuando los problemas políticos envueltos eran de mayor envergadura y se referían a la hegemonía sobre las universidades públicas, estas alianzas fueron mucho menos frecuentes que las situaciones de marcado antagonismo que, por ejemplo, se presentaron en las elecciones de rector o de representantes a los cuerpos directivos.

En 1963 se produce el triunfo electoral que lleva a la presidencia al doctor Illía, que representa un ala del radicalismo que no sólo continúa la tradición yrigoyenista, sino que también representa una coalición parecida de intereses aunque sin contar con su apoyo masivo. Su gobierno estaba centrado en las clases medias y había adoptado una política nacionalista y desarrollista ajustada a sus intereses y perspectivas. Este gobierno enfrenta una oposición que no obstante su heterogeneidad, pues está formada por la derecha conservadora y por el populismo peronista, pudo desarrollar una acción crecientemente

convergente y que crea las condiciones para el derrocamiento de Illía mediante el golpe militar de 1966. Sin preocuparse demasiado por las características de esta oposición, muchos grupos reformistas y también algunos humanistas cortejaban al peronismo tratando de crear las condiciones necesarias para ingresar a las coaliciones que aquel intentaba. El peronismo, con un conocimiento preciso de la debilidad del movimiento estudiantil desvinculado de las clases medias, tomó estas proposiciones con reluctancia y se puede decir que utilizó a los estudiantes en lo que más le convino, que fue la agitación pública contra el gobierno de Illía. La huelgas y paros estudiantiles, la ocupación de facultades y universidades, las manifestaciones callejeras, cierto terrorismo de efecto, la obstrucción de la vida universitaria, fueron actos en parte concertados con los “planes de lucha” de los sindicatos peronistas, que sirvieron para que la oposición pudiera demostrar a los militares y al país el caos que significaba un gobierno constitucional y democrático que estaba ofreciendo las más amplias garantías y libertades políticas de que se había gozado en muchos años.

Derribado el gobierno constitucional de Illía mediante el golpe militar de junio de 1966, las universidades públicas permanecieron en una expectativa tensa hasta su intervención unos tres meses después. Nadie salió en defensa de ellas salvo unos pocos universitarios (profesores, ayudantes y estudiantes) que se puede decir salvaron su dignidad. La resistencia estudiantil fue muy débil y reveló hasta qué punto su acción anterior contra Illía había sido oportunista y carente de un apoyo profundo en el seno de la masa estudiantil.²² Ninguno de los sectores a los que los estudiantes habían dado su apoyo incondicional hizo nada para impedir que fueran perseguidos y el movimiento estudiantil desmantelado, como probablemente no lo fue nunca antes.

V. ALGUNAS PROPOSICIONES FINALES

El estudio del movimiento reformista dentro de los contextos más generales de la universidad y de la sociedad sugiere la existencia de una serie de relaciones amplias, de una gran importancia, que lo conectan con dimensiones tales como la dinámica de las clases sociales, la calidad de la política nacional e internacional, y otras más que ya fueron indicadas. Por supuesto, lo que se ha hecho no ha sido más que una tentativa de exploración de estas relaciones con ánimo de proponer algunas vías para la reorientación del estudio del problema de la politización estudiantil a un nivel más histórico. Aun cuando algunas pistas ya han sido sugeridas por autores principalmente latinoamericanos que realizaron penetrantes estudios sobre el problema, es mucho lo que todavía queda por hacer para dejar de lado los esquemas de interpretación heredados de las metrópolis culturales, cu-

ya insuficiencia se ha revelado sobre todo en su incapacidad para anticipar la posible ocurrencia de un proceso de aguda politización estudiantil en sus propios países. Esta falta de previsión ha sido la consecuencia de las interpretaciones corrientes en sus ambientes académicos que, en el mejor de los casos, consideraban a los movimientos estudiantiles de los países subdesarrollados como expresiones patológicas de sus estados carenciales, lo que hacía difícil prever la posibilidad de que se produjeran en las opulentas sociedades de consumo y en las universidades superdesarrolladas.

Hoy es obvio que la perspectiva universalista ha resultado ser harto insuficiente. Acaso ofrezca mayores posibilidades heurísticas la alternativa que estamos proponiendo por la que, a partir del hecho de la continuidad del movimiento estudiantil argentino y latinoamericano, su acción se vincula a la dinámica política general de una sociedad, a sus conflictos y contradicciones, a la vida de sus partidos, a sus medios y posibilidades de expresión política, al estado de la economía, y a otros aspectos que son en general los que movilizan a los partidos políticos, grupos de presión y “factores de poder”. Los movimientos estudiantiles de esta manera pasan a ser considerados una manifestación política cotidiana, tan natural como cualquier otro medio social de expresión política, y lo que se estudia en ellos es su actuación más que su génesis o patología.

En relación con este contexto general —y a modo de conclusión— vamos a sugerir algunas proposiciones que parecen estar contenidas en el análisis de la evolución del movimiento reformista argentino y que podrían servir para nuevas exploraciones destinadas a profundizar el estudio del problema en consideración, en la medida en que puedan —como se pretende— integrar las varias líneas dispersas del análisis precedente.

1. La politización estudiantil —y también de la universidad— parece tener una relación estrecha con la calidad de la vida política general de la sociedad. Esta relación sería de orden inverso cuando la política general se empobrece, sea porque no expresa bien el juego de fuerzas e intereses de un momento histórico determinado, o porque no ofrece satisfactorias y efectivas alternativas de salida cuando se alcanza la etapa del “fin de la ideología”²³ en que la verbalización de los problemas políticos se hace como si nada importante estuviera en juego y se pudiera omitir la discusión sobre los problemas básicos del poder y de la desigualdad social. Los movimientos estudiantiles tienden a crecer y a politizarse planteando los temas fundamentales en términos radicales y bajo la forma de opciones polarizadas. En este sentido operan como si fueran algo así como “la conciencia de reserva de la sociedad”. En general, su sensibilidad para captar y su capaci-

dad para plantear los problemas y contradicciones básicos ha sido mayor que la de muchos de los otros grupos e instituciones sociales más directamente vinculados con ellos. De aquí deriva la relativa eficiencia de su función de denuncia y crítica de las sociedades capitalistas subdesarrolladas y dependientes y de su incapacidad para hacer posible una vida auténticamente democrática, de los medios de comunicación de masas y de la alienación social, de las guerras imperialistas, de las nuevas formas de dependencia de los países latinoamericanos, de la situación de las mayorías nacionales explotadas y marginalizadas. Estos problemas rara vez ingresan al debate político admitido dentro del *statu quo* y de la legitimidad vigente, poco o nada se oye hablar de ellos en los parlamentos en funcionamiento; en estos casos, la iniciativa es de grupos políticos ligados a ellos. Considero que en parte la radicalización estudiantil se ha hecho tan visible debido a este vacío ideológico y a la falta de planteo de las opciones reales que están en juego en la arena política.

2. La decadencia de la democracia formal y el fracaso de los sistemas electorales como medio de expresión política en América Latina, tiene mucho que ver con la radicalización política estudiantil. Cuando los medios de expresión de la política general queden en retraso respecto de los problemas reales, cuando hay un "vacío de poder" que resulta de la falta de vocación de poder de los grupos y coaliciones más fuertes, o de su incapacidad de imponerse frente a otros sectores que también poseen aspiraciones de dominio, cuando la vida política normal tiende a ser reemplazada por expedientes inicialmente de excepción pero que tienden luego a asegurar su continuidad, me refiero a los regímenes militares y otras formas pseudo-constitucionales bajo la hegemonía militar, los movimientos estudiantiles suelen asumir un rol político más activo. Este rol podrá variar en orientación e intensidad, en función de varios factores, entre los que posiblemente se destaque el grado de libertad de expresión y de acción existente y la vinculación con las clases medias. Cuando la represión es muy fuerte y se focaliza en el movimiento estudiantil, éste tiende a perder "visibilidad", a enquistarse y se vuelve menos efectivo aunque no desaparezca. En cuanto tal, un movimiento estudiantil no tolera bien un monto muy alto de represión directa, no obstante que pueda ser estimulado por las restricciones limitadas que se le impongan, más aún si afectan también a sectores importantes de las clases medias.

3. Respecto de la relación con las clases medias, en el caso argentino, la coincidencia con sus objetivos y posiciones políticas y la participación en sus acciones y alianzas, fue siempre una fuente de realidad para el movimiento estudiantil. La radicalización utopista fue en cambio el resultado de su aislamiento y de la contradicción inherente

al desajuste entre sus objetivos políticos y universitarios profesados y su origen social, que para el conjunto del movimiento estudiantil ejerció una considerable influencia determinante. Teniendo en cuenta la condición actual del reclutamiento de estudiantes universitarios, procedentes en su gran mayoría de las clases medias, y la gran importancia estratégica de la universidad como canal de movilidad ascendente para estas clases, parece evidente que se formarán nuevos movimientos estudiantiles dedicados a expresar sus aspiraciones y a tratar de imponerlas dentro y fuera de la universidad, si los antiguos persisten en una línea de radicalización verbal y se niegan a cumplir este rol. Sin embargo, la relación con la situación y necesidades de estas clases parece persistir aun donde a primera vista se supone que habría desaparecido. Aun en los periodos de mayor radicalización política general, nacional o internacional, el movimiento estudiantil argentino mostró siempre, desde la Reforma, un gran sentido de realidad frente a los problemas concretos de la universidad y los encaró desde posiciones que traducían claramente las necesidades y aspiraciones de aquellas clases, como se puede observar en los asuntos relacionados con el régimen de estudios, la organización de carreras y el desempeño profesional, en que con frecuencia defendieron programas comunes con las "burguesas" sociedades de profesionales de su ramo.

4. La creciente heterogeneidad de las clases medias, así como su estratificación en aumento y la segmentación del mercado profesional, han tornado más complejas las relaciones de los movimientos estudiantiles con ellas. Es más, esta complejización ha provocado la ruptura del cuasi-monopolio que en el pasado ejerció el movimiento reformista y la aparición de una pluralidad de movimientos estudiantiles con diversos arraigos y orientaciones, que traducen las necesidades de sectores sociales cuyas pretensiones no son del todo conciliables. También las universidades se han diferenciado y estratificado respondiendo a determinantes similares y a nuevas funciones y necesidades de la economía y la sociedad. Se está muy lejos ahora de las universidades tradicionales del tiempo de la Reforma que presentaban rasgos relativamente homogéneos, en comparación con la gran diversidad actual. De hecho, los estudios universitarios representaban el comienzo de una carrera profesional a la que se tenía el acceso asegurado una vez graduado. La universidad integraba un vasto sistema de cooptación al que se ingresaba con sólo formar parte de ellas. La masificación actual de los estudios universitarios y la producción de miles de graduados anuales que se presentan a un mercado profesional con una demanda diversificada y selectiva, en términos tanto de competencia profesional como de confiabilidad ideológica, están presentando condiciones inéditas nunca antes enfrentadas, por lo me-

nos en esa escala, por los movimientos estudiantiles, que poco pueden apelar entonces a su pasado para los ajustes adaptativos que deben realizar.

5. La tendencia actual de reorganizar las universidades latinoamericanas, y por ende las argentinas, siguiendo las líneas tecnocráticas de la “empresa de producción de conocimientos”,²⁴ que en nombre de las necesidades del desarrollo pone énfasis en la importancia de preparar especialistas a expensas de la formación general, lo que supone una devaluación ideológica de los estudios universitarios, es bien posible que acentúe aún más la propensión a la radicalización de los movimientos estudiantiles. Esto puede ocurrir no sólo como reacción compensatoria a unos estudios desprovistos de significado respecto de las grandes opciones políticas nacionales e internacionales, sino también como recuperación de la capacidad formativa y de orientación de las ideas generales para ubicarse en una sociedad y en un mundo cuyo sentido más amplio no se desea perder de vista en un momento de cambios profundos y dramáticos.

6. Los proyectos de despolitización de la universidad se hacen más evidentes cuando al mismo tiempo se llevan a cabo otros proyectos de politización deliberada e ideológicamente orientada para la formación de cuadros dirigentes fuera de la universidad. En efecto, al mismo tiempo que se enfatiza que la universidad adopte una actitud neutral aunque “científica” ante los más relevantes problemas políticos y sociales, y se define su función de una manera restrictiva como “productora de conocimientos” y formadora de cuadros técnicos y profesionales para la economía y la administración pública, se advierte una tendencia contraria cuya finalidad evidente es la de politizar algunos de los más importantes cuadros extra-universitarios. Acaso la expresión más típica de esta tendencia sea la intensa politización que se imprime actualmente en la mayoría de los países de la región a la formación de los oficiales superiores de las fuerzas armadas; también se observa un proceso parecido en la formación de ejecutivos de alto nivel para las empresas y de líderes religiosos, aunque de una manera más atenuada. Es posible que esta doble tendencia corresponda a una nueva división del trabajo por la que a la universidad se le reserva la función de formar cuadros técnicos para el gobierno y las empresas, mientras que otras instituciones se hacen cargo de la preparación de los candidatos para la cúpula política. El profesional universitario ideal, de acuerdo con algunos proyectos de reforma universitaria, es un especialista muy competente para tratar los problemas de un área específica, que es capaz de manipularlos y de “resolverlos” desatendiéndose de sus presupuestos ideológicos y de sus consecuencias sociales y políticas más amplias. Como tipo humano, debe ser apto para

moverse dentro de una burocracia altamente tecnificada, tanto pública como privada. Se puede descontar que este tipo de proyecto encontrará una gran resistencia del lado de los movimientos estudiantiles y que por su naturaleza tenderá a ser un foco catalizador de acciones allí donde se intente ponerlo en práctica.

NOTAS

¹S.M. Lipset, "Students and Politics", en Lipset & Wolin (comp.), *The Berkeley Student Revolt*, Garden City, N.Y., Doubleday, 1965, pp. 1/35. El año anterior (1964) el mismo autor publicó otro trabajo sobre estudiantes con un esquema analítico muy semejante: "University Students and Politics in Underdeveloped Countries", *Minerva*, vol. III, núm. 1, Autumn 1964; también en el mismo año presentó al VII Congreso Latinoamericano de Sociología una ponencia titulada: "El Comportamiento Político de los Estudiantes Universitarios en los Países en Desarrollo", que apareció en los *Anales del Congreso* (Bogotá, Asociación Colombiana de Sociología, 1966). Posteriormente, Lipset hizo otras contribuciones teóricas al problema pero hemos escogido éstas por su importancia histórica.

²S.M. Lipset, "Student and Politics", cit. p. 3. Todas las citas posteriores que se refieren al esquema analítico de Lipset proceden de este trabajo, cuya traducción es nuestra.

³Las teorías que afirman que la radicalización estudiantil es el resultado de la transferencia de los conflictos familiares al ámbito universitario y a la arena política, proponen una explicación poco plausible y convincente en varios aspectos. Por un lado, no explican por qué los conflictos familiares que son vividos individualmente por el estudiante se convierten en un movimiento social, como lo es el estudiantil. Tampoco dan una explicación satisfactoria de las razones por las que los mismos conflictos familiares, tan frecuentes ahora en el seno de las clases medias, no producen movimientos políticos análogos entre los jóvenes de la misma edad que se encuentran fuera de la universidad. En general, a estas teorías se les puede hacer el reparo de que no toman en cuenta todos los hechos relevantes ni menos los grandes procesos sociales contemporáneos. Si se toma en cuenta la notable continuidad que los movimientos estudiantiles han adquirido en varios países se podría pensar que *tanto ellos como los conflictos familiares derivan de causas más generales*. Y dentro de esta línea de crítica, sería quizá lícito suponer que las causaciones entre ellos son en todo caso recíprocas y débiles. Por ejemplo, hay abundantes evidencias empíricas que apoyan la hipótesis de que buena parte de los conflictos familiares de los estudiantes son *la consecuencia más que la causa de su participación en los movimientos estudiantiles*. Esta participación provoca una gran resistencia de los padres que la ven con alarma por los riesgos que implica, por su posible incompatibilidad con los estudios y por su contenido ideológico. Con esto sólo hemos querido indicar que las teorías generacionales tienen un alcance mucho más limitado que el que se les ha atribuido.

⁴El trabajo se va a ocupar del "reformismo argentino" como de un caso de movimiento estudiantil que corresponde a un periodo histórico-social determinado. Como se sabe bien, este movimiento comienza en la Universidad de Córdoba (Argentina) en 1918, elaborando una ideología que con cambios se ha mantenido hasta el presente. Durante muchos años el reformismo monopolizó prácticamente todas las reivindicaciones estudiantiles, y su significación universitaria y política fueron dominantes. Solamente a partir de los años 50 tuvo que enfrentar la competencia política continua del movimiento estudiantil católico democrático que, desde entonces, le ha disputado la hegemonía con éxito variable.

⁵R. Garaudy, "La Rebelión y la Revolución", en *Cuadernos de Marcha*, núm. 15, julio de 1968. Este autor dice refiriéndose a los movimientos estudiantiles franceses de mayo de 1968: "Las relaciones entre profesores y estudiantes, al comienzo estaban asimiladas a relaciones de clase: los profesores eran los opresores y los estudiantes los oprimidos. El pro-

tesor era para ellos la imagen o el símbolo de su dependencia.” (p. 59.) Este tipo de conflicto fue bastante común en las universidades argentinas a partir de 1960, en que de manera creciente se comenzó a plantear la política intra-universitaria en términos de lucha de clase, adoptando los estudiantes (y también los ayudantes de docencia) la posición de “clase reivindicadora” frente a los profesores y autoridades universitarias.

⁶ A.E. Solari, *Estudiantes y política en América Latina*, Caracas, Monte Avila, 1968, p. 82.

⁷ A.E. Solari, *op. cit.* pp. 63ss.

⁸ A. Ciria y H. Sanguinetti, *Los Reformistas*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1968; también: Federación Universitaria de Buenos Aires, *La Reforma Universitaria* (1918-1958), Buenos Aires, 1959, que fue preparada por los autores indicados antes. En ambas puede encontrarse una excelente crónica de los sucesos más importantes de la historia del reformismo argentino, así como colección de sus documentos ideológicos de mayor relevancia. Se puede encontrar también ahí una bibliografía bien completa y, en el primero, un excelente estudio de algunos de los más prominentes líderes reformistas. Además se puede consultar: R.J. Walter, *Student Politics in Argentina. The University Reform and its Effects 1918-1964*, New York, Basic Books, 1968. Estos textos han sido nuestra principal fuente de referencia sobre el movimiento reformista.

⁹ La participación del sector industrial en el producto bruto interno argentino, en 1929, era casi del doble del país latinoamericano más industrializado que lo seguía, que era México. En 1925 la cuarta parte del PBI estaba representada por el valor agregado por la industria. Cifras éstas muy altas para la época que reflejan un avanzado estado de industrialización. Cf. C. Furtado, *Formação Econômica de América Latina*, Rio, Lia, 1969, p. 132.

¹⁰ Alejandro Korn, un eminente filósofo argentino, definió así la situación universitaria en 1920. “Había sobrevenido en las universidades una verdadera crisis de cultura. Por una parte, la persistencia de lo pretérito, el imperio de difundidas corruptelas, el predominio de las mediocridades, la rutina y la modorra de los hábitos docentes; por otro, la orientación pocamente utilitaria y profesional de la enseñanza, la ausencia de todo interés superior, el olvido de la misión educadora y, por último, el autoritarismo torpe y la falta de autoridad moral, dieron lugar a esa reacción que nace de las entrañas mismas de la nueva generación. . . El mal estaba a la vista, no lo desconocían ni los mismos autores, pero las mentes académicas abstraídas en las reminiscencias del pasado; indiferentes al movimiento actual de las ideas, sin noticias de la llegada de un nuevo siglo, ni sospechaban siquiera lo que vendría. Sólo se les ocurría el trasplante de instituciones exóticas concebidas por y para otras gentes. Larga es la serie de instituciones postizas, que o no arraigan en nuestra tierra o experimentan una degeneración criolla que las convierte en la caricatura de sus originales. La juventud argentina —honor a ella— supo hallar la vía propia, la solución argentina y nacional. A no ser por su arrojío, todavía estaríamos deliberando.” *La Reforma Universitaria y la Autenticidad Argentina*, en la antología editada por la Federación Universitaria de Buenos Aires, cit. p. 67.

¹¹ Cf. J. Graciarena, *La universidad y el desarrollo de un estrato profesional urbano, en la Argentina*, Buenos Aires, Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, 1963; el mismo concepto de “universidad de masas” fue utilizado posteriormente en: *La universidad y el cambio político en América Latina*, San Juan, PR., Colegio de Pedagogía, Universidad de Puerto Rico, 1966, pp. 6-7.

• ¹² Ciria y Sanguinetti, *op. cit.*, p. 17

¹³ J.V. González, *El Partido Nacional Reformista*, en Ciria y Sanguinetti, cit. p. 335. El reformismo se sintió muchas veces por encima de la política miope de los partidos y de su parroquialismo ideológico y creyó en la posibilidad de superar las contradicciones objetivas que separaban a los estudiantes de los sectores populares. Emilio Biagosch, en un artículo titulado “La unidad obrero-estudiantil”, reproducido en Ciria y Sanguinetti, pp. 105-7, decía: “Los inconvenientes para hacer efectiva la unión estudiantil-obrera, radican en prejuicios arraigados tanto en el proletariado como en la juventud universitaria. Toda institución burguesa inspira una natural desconfianza a la masa obrera. La universidad ha sido una típica institu-

ción burguesa. Se la ha calificado como una "Escuela de Mandarines", o como la incubadora de una pseudo-clase dirigente y en ese carácter fue acreedora a toda hostilidad o indiferencia del proletariado. La cadena de prejuicios se va rompiendo: entre las masas obreras y estudiantiles el mismo ideal de renovación social teje lazos de unión indestructible. . . *Estudiantes y obreros son los forjadores exclusivos de la sociedad del futuro*. (Los subrayados son míos.) Es notable por un lado la percepción del antagonismo objetivo y por el otro la confianza en su superación.

¹⁴ Ciria y Sanguinetti, cit. p. 73.

¹⁵ Esta declinación no sólo fue de la reforma sino también de la política del país, que comenzaba la "era del fraude" por ese entonces.

¹⁶ Ver los casos citados por Ciria y Sanguinetti, cit. p. 47.

¹⁷ Un indicador de la declinación moral de la Argentina en los 30 es la serie de suicidios de grandes figuras intelectuales y políticas que ocurre en esos años. Ver la lista en Ciria y Sanguinetti, cit. p. 73.

¹⁸ El triunfo peronista no sólo fue facilitado por su apelación sobre las masas disponibles, sino también por la campaña pública que hizo el embajador de los Estados Unidos, Spruille Braden, contra Perón y su mujer acusándolos de haber sido espías nazis. El movimiento reformista no era todavía anti-imperialista y no reaccionó ante la intromisión norteamericana.

¹⁹ La prensa liberal opositora al peronismo presentó la situación económica como si hubiera estado atravesando una crisis continua. Sin embargo, los años de 1946 a 1949 fueron de gran auge económico y, en general, todo el periodo peronista fue de continua expansión y reorganización de la economía argentina.

²⁰ Una penetrante crítica en este sentido ha sido la formulada en un trabajo atribuido a Jorge Abelardo Ramos, reproducido en Ciria y Sanguinetti, cit. pp. 221-36.

²¹ *Ibid.*, 226 y 229, donde se dice: "... el humanismo es la Reforma realizada. ¿Pero qué Reforma? Es la Reforma tal cual pudo emprenderla aquella pequeña burguesía, hija del mercado exterior, que aspiraba a un reconocimiento en el cuadro de las clases dominantes".

²² A.E. Solari, cit., observa: "Se desarrolló una especie de mística de acercarse al pueblo representado por los sindicatos peronistas. Pese a todo ello, cuando sobrevino la intervención de la universidad en julio de 1966, el movimiento estudiantil, aparentemente de una gran fuerza, estuvo prácticamente inerte en virtud de quedar aislado, sus llamados a las fuerzas sindicales fueron desoídos y no pudo oponer ninguna resistencia seria", p. 67.

²³ Me refiero aquí a la conocida teoría de Daniel Bell, *The End of Ideology*, New York, Collier Books, 1961; esta teoría también fue desarrollada por S.M. Lipset, *El hombre político*, Buenos Aires, Eudeba, 1963, cap. XIII, pp. 395 ss. y ha dado lugar a una sostenida polémica.

²⁴ C. Kerr, *The Uses of the University*, Cambridge, Harvard University Press, 1963, ha desarrollado ideas tales como la de la "Knowledge industry" para referirse a las nuevas funciones universitarias y "the rise of Ideopolis" para aludir a la tendencia hacia la concentración ecológica de las universidades. También R.P. Atcon, "La universidad latinoamericana", *Eco*, núms. 37-9, mayo-julio de 1963, ha puesto énfasis en la orientación de las universidades hacia la formación predominante de recursos humanos para el mercado profesional.